VICENTE LACAMBRA SERENA

El Supremo Juez

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

Y EN PROSA

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

1924

IMPRENTA ELZEVIRIANA

SEVILLA, 2 .. VALENCIA

EL SUPREMO JUEZ

2158563

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representatión, de traductión et de reproductión réservés pour touts les pays.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

EL SUPREMO JUEZ

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

EL SEGUNDO Y TERCERO DIVIDIDO CADA

UNO EN DOS CUADROS

ORIGINAL DE

VICENTE LACAMBRA SERENA

IMPRENTA ELZEVIRIANA

SEVILLA, 2 .. VALENCIA

PERSONAJES

PALMIRA.—20 años; viste con elegante sencillez.
JULIA.—18 años; viste con elegancia chillona y peina igual.
DOÑA MODESTA.—50 años; viste con más riqueza que gusto.
EDUARDO.—29 años; viste con decencia, traje oscuro.
DON CARLOS.—63 años; viste con severa corrección, de americana o chaquet.
SOLÁN.—30 años; viste con lujosa elegancia.
VÍCTOR.—33 años; viste correctamente en el último cuadro, de presidario en el anterior.
DON ROQUE.—45 años; viste de funcionario de Prisiones.
BATURRO.—25 años; viste como presidario.
CARTAGENERO.—30 años; viste como presidario.
NOY.—40 años; viste como presidario.
AMANUENSE.—25 años.
CELADOR.—40 años; viste de presidario, lleva galones y vara.
CRIADO O CRIADA.

La acción en una ciudad española.
Epoca actual.
Punto de vista, el del actor.

ACTO PRIMERO

Sala lujosamente amueblada. Puertas laterales practicables, a derecha e izquierda; balcón al fondo. En el centro de la sala una mesita, y sobre ésta, un jarrón con rosas y flores.

ESCENA PRIMERA

PALMIRA, sola. En primer término sentada, cosiendo; al cabo de unos instantes de haberse levantado el telón y con tono apesadumbrado. Suelta la prenda y se levanta.

PALM. Si busco la distracción en el trabajo, no atino con lo que hago; si estoy en compañía, siento deseos de hallarme a solas; si me encuentro sola, se adueñan de mí mis tristes pensamientos... ¡Qué amargo, qué triste es vivir con la pena en el alma, sin tener a quién contarle nuestras tribulaciones, sin que a nadie importe gran cosa por qué sufrimos.

ESCENA II

DICHA y JULIA, por lateral derecha, sorprendiendo las últimas frases de Palmira Habla con ligereza y frivolidad.

JULIA ¿Qué sermoneas?

PALM. (Un poco sorprendida.) Nada, Julia, nada.

JULIA ¡Jesús, qué cara pones! ¡Pareces una Dolorosa! ¿No te encuentras bien?

PALM. Sí.

JULIA Mira, chica; si yo fuera hombre, te aseguro que no me casaba contigo ni por todo lo que vale el mundo. Es que se le hiela a cualquiera la alegría en el pecho en cuanto te mira a esa cara tan fúnebre.

PALM. No me mires. Déjame. (Dulcemente.)

JULIA Sí. Te dejaré. No quiero contagiarme de tu eterno mal humor. Yo no me siento inclinada a la melancolía. Pasó ya de moda la neurastenia.

PALM. ¡Neurastenia! (Pausa.)

JULIA ¡Oye! Y mi traje, ¿cómo anda?

PALM. (Señalando el canastillo.) A trabajar en él iba.

JULIA (Cogiéndolo y dándole vueltas entre las manos.) Procura que esté holgadito, que semeje aquel modelo que vimos el otro día.

PALM. Haré cuanto pueda porque quede bien.

JULIA Sí, sí. Quedará bien. ¡No faltaba más! Mi cuerpo y tus manos se encargarán de ello. ¡Cómo van a rabiar las adefesios del tercero, esas cursis, que no saben sino hacer el ridículo! (Pausa.) ¿Verdad que el modelo que vimos era una maravilla?

PALM. Sí, era muy elegante.

JULIA ¡Oh! ¡Una creación, una verdadera creación del genio modistil francés! Un bello cuerpo de mujer envuelto entre aquellas sedas y entre aquel arte, ha de adquirir todos los encantos y comprendo que cautive todas las miradas. Toma, toma: a ver si lo terminas pronto.

PALM. (Tomando el canastillo y el traje.) Me voy a mi cuarto a trabajar; allí hay más luz... (Mutis lateral izquierda.)

JULIA Sí. Bueno. Yo iré luego a hacerte compañía.

ESCENA III

JULIA y DOÑA MODESTA

MOD. (Dentro.) No, no hace falta.

JULIA (Yendo a lateral derecha.) ¡Tía, tiíta!

MOD. ¡Hola, Julia! (Se saludan o se besan.)

JULIA ¿Qué tal? ¿Y en casa?

RBC NGU

MOD. Todos estamos bien. ¿Y vosotros?

JULIA Perfectamente. Es usted muy cara de ver. Nos tiene usted olvidados.

MOD. No digas eso. Ya sabes que no es verdad.

JULIA Eso de tardar tanto en venir por aquí... Estoy enojada con usted; puede creerme.

MOD. Tú no te haces cargo de que una no dispone de tiempo para nada. ¡Ah! Yo bien quisiera, pero... en casa, si no estoy yo... ¡Gente más inútil!... Mi nuera es una cosa puramente decorativa. ¡Pobre hijo mío! Le compadezco. El día que yo falte no sé cómo se las va a arreglar. Hazte cuenta que se ha unido a un *bibelot,* a una de de esas muñecas articuladas y llenas de caprichos.

JULIA Pero es muy guapa Lucía.

MOD. Sí. Demasiado guapa; pero también demasiado inútil. No sabe hacer cosa que sirva para algo. Sus habilidades se reducen a aporrear el piano, a empingorotarse, a pintarrajearse como un clown... ¡Bueno! Te digo yo que no comprendo cómo hay hombres que se chiflen por mujeres así.

JULIA Y sin embargo, Pepe Luis parece que la quiere mucho.

MOD. Mi hijo es un tonto de remate, es demasiado bonachón. Se deja engañar con dos carantoñas, y no sabe ver que esa muñeca no sirve sino para eso, para hacerle mimos de gatita astuta y haragana.

JULIA Mientras sea feliz Pepe...

MOD. ¡Feliz, feliz! Mira, hablemos de otra cosa.

JULIA De lo que usted quiera, tiíta.

MOD. ¿Y tu padre?

JULIA Ha salido hace un momento.

MOD. ¿Y Palmira?

JULIA Acaba de irse a su habitación. Voy a llamarla.

MOD. No. Espera un momento. Luego la llamarás. Cuéntame, cuéntame. ¿Os lleváis bien Palmira y tú?

JULIA Sí, señora. Bien...

MOD. Está hecha toda una mujer. ¡Cómo pasa el tiempo! Así de chiquitita era cuando yo la dejé con sus tíos en Zaragoza, después de morir su madre. Y de los hermanos de Palmira, ¿qué sabéis?

JULIA Nada nuevo. Que el uno está en presidio y el otro no se sabe por dónde anda.

MOD. ¡Unos perdidos! ¡Unos perdidos que han deshonrado la familia! Menos mal que muchos no se enteraron del parentesco que a ellos nos une.

JULIA Pues a papá parece que no le importa que se conozca nuestro parentesco con Víctor y que se sepa todo.

MOD. (Con gran extrañeza.) ¿Qué dices?

JULIA Lo que oye usted. ¡A mí se me cae la cara de vergüenza!

MOD. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué cosas tiene! ¡No sé cómo se ha vuelto Carlos! ¡Tan remirado que era antes!

JULIA (Poniendo atención.) Me parece que está ahí papá.

MOD. Me alegro. Yo le diré... Pero el caso es que, delante de él... yo no me atrevo...

ESCENA IV

DICHAS y DON CARLOS

D. CAR. (Por la derecha.) ¡Hola, Modesta! ¿Qué te trae por aquí?

MOD. El deseo de veros.

D. CAR. ¡Bien! Y qué, ¿salud todos?

MOD. Sí, todos, menos yo, que ando un poquito derrengada.

JULIA Papá. ¿Qué es eso tú por aquí a estas horas? ¿No has ido a jugar tu partida?

D. CAR. No; empieza a aburrirme soberanamente eso

de hacer todos los días lo mismo, es decir, no hacer nada.

MOD. ¿Nada?

D. CAR. Nada. Mis ocupaciones se reducen a jugar una partida de tresillo, a andar de paseo, a sostener ratos de charla insustancial con gentes que, como yo, procuran matar el tiempo porque no han aprendido a aprovecharlo, a hojear los periódicos, a comer, dormir... he aquí todo.

MOD. Para eso, para tener derecho a descansar ahora, luchaste denodadamente cuando eras joven.

D. CAR. Es cierto. Pero pienso con frecuencia que es una vida vacía la que no se llena con alguna actividad y que el tedio, el maldito tedio, es el peor de los cansancios.

JULIA Decididamente tú y Palmira os habéis confabulado para hacernos participar de vuestro esplín. No lo conseguiréis.

D. CAR. Lo creo. Tú no comprendes estas cosas. A tus años las ilusiones llenan todos los vacíos, la vida triunfa. A mis años constituye una preocupación hasta el no tener de qué preocuparse.

JULIA (Con piedad jocosa.) ¡Pobre papaíto! Me das mucha pena porque estás muy filósofo. El otro día leí en una hojita de calendario que filosofar en demasía conducía al aburrimiento.

D. CAR. El filosofar, locuela, conduce a conocer, a conocerse. Muchas personas no se encuentran consigo mismas, o lo que es igual, no se conocen, hasta que un acontecimiento cualquiera las coloca fuera del ambiente de frivolidad o de ficción en que hasta entonces han vivido.

JULIA Tú no eres el mismo. Te abismas en unos pensamientos...

D. CAR. No soy el mismo, tienes razón. Al choque de un desengaño o de una amargura o de una visión más real de nuestra propia vida, se ha encendido la luz de muchas almas, que hasta entonces vivieron en tinieblas.

JULIA — Pues la hija de don Carlos de Lande asegura muy formalmente que no quiere nada con la filosofía ni con los desengaños. ¡No, no! No quiero encender la luz de mi alma en esas brasas del infierno. Deben quemar demasiado.

D. CAR. — Efectivamente. Suelen quemar demasiado, sobre todo si las llamas abrasadoras del dolor prenden en las alas frívolas y delicadas de la ilusión.

JULIA — En tal caso, se apaga el incendio con las aguas frescas de la risa.

D. CAR. — No siempre se puede hacer eso, no siempre se puede reir a voluntad.

JULIA — ¡Ja... ja, ja, ja! Pues yo sí que me río cuando quiero. Yo me río siempre.

D. CAR. — ¡Ojalá puedas reirte muchos años, ojalá puedas reirte, sin que de esa misma risa salga el llanto alguna vez!

JULIA — Me reiré, no lo dudes. (Se levanta y va hacia donde está el ramo de flores, donde queda contemplándolas y arreglándalas.)

MOD. — Te veo preocupado. ¿Qué te pasa?

D. CAR. — Nada. No me pasa nada.

MOD. — Tú... por demasiado bueno... Lo comprendo todo.

D. CAR. — ¿Qué es lo que comprendes?

MOD. — Comprendo que desde que tienes aquí a tu sobrina andas siempre pensativo... y que no está bien que tú pierdas la tranquilidad porque otros no hayan sido como debían.

D. CAR. — Deja a Palmira. No te metas con ella... porque es la mejor de las criaturas. Y deja también a los demás, que quizá no hayan sido como debían por culpas más nuestras que suyas.

MOD. — ¡Bueno, bueno! Yo... (Aquí termina el tono confidencial del diálogo.)

JULIA — (Acariciando las flores.) ¡Qué hermosas son las flores! ¡Belleza, color, aroma, exquisitez, fragilidad, encanto! (Corta una rosa y la prende en su seno, mariposea luego por allí hasta que interviene en el diálogo.)

ESCENA V

DICHOS y PALMIRA

PALM. (Por la izquierda.) ¿Usted aquí, tía?

MOD. Hace un momento que llegué. (Salúdanse.)

PALM. De haber sabido que estaba usted aquí...

MOD. Y qué, ¿te prueba esto? ¿Te encuentras bien con tu tío y con tu prima?

PALM. Sí, señora, muy bien. Me tratan mejor de lo que yo merezco.

MOD. No todo ha de ser andar entre amos...

PALM. Los señores de Mendieta han sido muy buenos para mí.

MOD. Sí; pero eran tus amos...

PALM. Mayor motivo para que yo agradezca de por vida las consideraciones de que me hicieron objeto.

D. CAR. Don Anselmo de Mendieta era un buen amigo de tu padre.

PALM. Ha sabido demostrarlo plenamente, tratando como hija a la que tomó como sirvienta.

MOD. Porque supiste hacerte simpática, porque supiste conquistar su afecto. La servidumbre de ahora es tan descastada, que cuando se encuentra, por casualidad, una muchacha buena, se la llega a tomar cariño.

D. CAR. (Aparte a doña Modesta.) Han hecho ellos, los amigos de su padre, lo que teníamos el deber de hacer nosotros, los familiares de su padre.

MOD. Es que, a veces, las circunstancias, las consideraciones de orden social... (Pausa. A Palmira.) Y, oye: ¿es verdad que te pretendió un joven de posición brillante? Me lo aseguró así una persona muy seria.

PALM. Es cierto que me habló un joven de familia distinguida, pero como yo no tengo la debilidad de soñar en príncipes, conservé el suficiente buen

sentido para no encumbrar mis ilusiones hasta donde no podía llegar ni por mi posición ni por mis merecimientos, y me negué en redondo a escucharle.

D. CAR. Los méritos de una mujer no consisten en la dote y en la prestancia que pueda aportar al matrimonio.

MOD. Todo, todo se cotiza.

D. CAR. Sí; generalmente en estos asuntos se cotiza todo menos lo que se debía cotizar, se cotiza todo menos el valor real de la mujer.

MOD. Así es el mundo y así hemos de tomarlo.

D. CAR, ¡He ahí el mal! En eso, en que muchísimas personas pasan por la vida como si pudieran desentenderse de lo bueno o lo malo que en la sociedad acontece, radica precisamente la causa de que no se rectifiquen una serie de cosas absurdas y un número infinito de cosas inicuas. El mundo es así porque tú y otras mujeres como tú y otros hombres como tantos hombres os conformáis a tomarlo como es, a pesar de ser absurdo, a pesar de ser inicuo.

MOD. ¿Y qué quieres que hagamos?

D. CAR. ¡Nada! ¡Qué habéis de hacer, cuando ni siquiera llegáis a proponeros lo que deberíais hacer!

MOD. Esas cosas que dices parecen cosas de revolucionario.

D. CAR. Sí; por tales las tienen muchos, yo mismo las tuve por tales mientras viví en el error de juzgarlo todo mirándolo a través de un prisma falso, a través del prisma que usan los que, para juzgar, se olvidan de la propia razón.

JULIA Tiíta; dejemos a Palmira y a papá que sigan hablando de esas cosas, y te enseñaré el vestido que me estoy haciendo.

D. CAR. ¡Siempre frívola, siempre inconveniente!

JULIA ¡Jesús, papá! ¡Estás insoportable!

MOD. ¡No la riñas, hombre! Ya sabes que Julia no puede estar quieta; parece una niña.

D. CAR. Perpetua.

MOD. (Levantándose.) ¡Ay! ¡Quién pudiera ser como ella! ¡Vamos, Julia, vamos! (Mutis ambas izquierda.)

ESCENA VI

PALMIRA y DON CARLOS

D. CAR. (Paseándose por la escena.) Esta hija mía y esta cuñada mía son la misma frivolidad. (Quedándose un momento pensativo.) ¡Qué distintas de tí, qué distintas de tu madre!

PALM. (Suspirando.) ¡Madre mía!

D. CAR. ¡Aquella sí que era una mujer! ¡Toda virtud, toda inteligencia, toda entereza!

PALM. Hábleme, tío, hábleme de ella.

D. CAR. Días ha que quiero hacerlo... para disculparme ante tí de ciertas cosas...

PALM. ¿Disculparse, usted?

D. CAR. Sí. Tengo mucho de qué disculparme ante tí y, particularmente, ante tus hermanos, de cuya siniestra trayectoria en la vida acaso me alcance gran responsabilidad.

PALM. No estoy enterada.

D. CAR. A enterarte voy. Tengo aquí en el pecho un peso que me molesta, y quiero aligerarlo con un reconocimiento de pasadas culpas hecho ante la hija, ya que en tiempo oportuno me impidió mi necedad hacer esto mismo ante la madre.

PALM. Como usted quiera.

D. CAR. Verás: Tu madre y yo, aunque hermanos, estábamos distanciados por diferencias de carácter. Ella era seria, reflexiva, ecuánime y de gran entereza; yo era entonces, y aún mucho después, un pedantuelo, un soberbioso, un niño mal criado. Me creía con derecho a disponer de todo, a mandar en todos, y mis padres, por su excesiva blandura, me consentían más de lo razonable.

PALM. Voy comprendiendo...

D. CAR. Mi hermana, obedeciendo impulsos de su corazón, quiso casarse con un hombre de condiciones semejantes a las de ella, y yo, incapaz de comprender la valía de aquel hombre—que luego fué tu padre,—me opuse rotundamente al enlace, a pesar de lo cual, tu madre, entera en sus decisiones como una espartana, se casó con él.

PALM. Algo había oído de esto, pero ignoraba los pormenores, no sabía...

D. CAR. A partir de entonces les negué todo trato, y aún contesté con frases de mal gusto a discretas insinuaciones de armonía que se me hicieron más adelante. (Pausa.) Vinisteis vosotros al mundo y... pocos años después faltaban tus padres, dejándoos huérfanos. (Con acento de arrepentimiento.) ¡Y ni ante esa desgracia, que os dejaba sin amparo, supe sentir el deber! Todavía perduraba en mí el obcecado, el déspota, impidiéndome ser el hombre.

PALM. No se exalte, tío. La nobleza de reconocer el error le absuelve a usted de todo.

D. CAR. Ha sido necesario que pasara el tiempo y que me sustrajese al ambiente de ficción en que vivía, para que en mi conciencia hablara claramente la voz del deber. Y entonces fué cuando te llamé a mi lado, y desde entonces pienso en tus hermanos y estoy dispuesto a todo por hallar a Eduardo, por redimir, si puedo, a Víctor.

PALM. ¡Oh! ¡Qué generoso!

D. CAR. Las almas de tus padres, todas bondad, yo sé que me perdonan desde el cielo. Y... tú... ¿me perdonas también?

PALM. ¿Perdonarle? Le agradezco con alma y vida sus nobilísimos propósitos. Yo quería interesarle, quería rogarle que hiciera algo por mis hermanos. A punto estuve muchas veces de arrojarme a sus pies, suplicándole que les perdonará sus

extravíos y que les tendiese una mano piadosa; pero... no me atrevía, vacilaba siempre, temiendo que usted pusiera en sus labios una palabra de reproche... ¡Qué injusta he sido con usted! Soy yo la que debo ser perdonada.

D. CAR. Te sobraban motivos para pensar así. Pero, aunque tardíamente, todavía es tiempo de cumplir el deber.

PALM. Mi gratitud será grande, eterna, infinita. Quisiera poder abrirle mi corazón para que leyera en él.

D. CAR. Leo perfectamente en tus ojos... toda la grandeza de tu alma; la he leído antes de ahora en tus actos, en tus tristezas, en tus silencios elecuentes. Y esa grandeza ha servido para que el viejo despreocupado y egoísta se levantara de su egoísta pequeñez y decidiese ser otro. Tú, la niña de espíritu bondadoso, de corazón abierto a todas las abnegaciones, enseñas al viejo déspota el sentido de la vida, alzándole como una aurora que alumbra el camino del bien.

PALM. No, tío. Usted me confunde con sus bondades.

D. CAR. Pienso a veces que los niños, todo corazón, son los grandes maestros de la vida. (Se oye hablar dentro.) Callemos, no dejemos traslucir nada de esto. No quiero que profanen con su frivolidad...

ESCENA VII

DICHOS, JULIA y DOÑA MODESTA

MOD. (Por lateral izquierda.) Eres toda una modista. ¿Dónde aprendiste a hacer esas cosas?

PALM. En casa de los señores de Mendieta.

MOD. Con eso puedes ganarte la vida en cualquier parte. A mi hijo le cuesta cada temporada un motón de duros la cuenta de la modista que viste a su... *bibelot.*

D. CAR. Voy a entrarme un momento a mi despacho. Tengo necesidad de escribir unas líneas, que han de salir en el correo..... Perdóname. Es cosa urgente. No tardaré en terminar.

MOD. ¡Anda, hombre, anda! Yo me quedaré aquí con éstas....,

(Mutis Don Carlos por lateral izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos DON CARLOS

JULIA (A Palmira.) A mi tía le ha gustado mucho el vestido. (A Doña Modesta.) ¿Verdad?

MOD. Sí, sí. Es de muy buen gusto. (Transición.) Oye: Y de tu hermano Víctor, ¿qué sabes?

PALM. Que de salud está bien. (Silencio embarazoso.)

MOD. ¡Qué vergüenza, qué vergüenza para la familia! Yo ya sé que delante de tí no debía hablar de este modo. Tú ninguna culpa tienes de que tus hermanos, por su mala cabeza, el uno esté en presidio y el otro no se sepa por dónde anda. Perdidos los dos, desde luego. ¡Claro! Eso nos afecta a todos los parientes y, aunque una no quiera, tiene que disgustarse al pensar que por las calaveradas de esos hermanos tuyos, ha caído una mancha sobre nosotros. Porque la gente es muy mala. No tienen para nada en cuenta nuestra acrisolada honradez. A todos nos envuelven en la deshonra.

PALM. ¡Tía, por Dios!

JULIA Tía Modesta no dice nada contra tí. Estoy segura que te compadece.

MOD. ¡Es natural que la compadezco! Sobre ella recae principalmente la mancha. ¿No he de compadecerla?... ¿Te parece poco digna de compasión?

JULIA Sí. La pobre Palmira sufre mucho por esas cosas; pero..... si me hiciera caso...

PALM. Compadezcan ustedes a mis hermanos y no se preocupen por mí.

MOD. Sí, bueno. Pero tú.....

PALM. Piensen que quedaron huérfanos de muy jóvenes y que no hubo una mano tutelar que orientase sus pasos en la vida, que quedaron poco menos que en el arroyo y que del arroyo recibieron todas las influencias perniciosas que el arroyo ofrece. Ellos eran buenos. Recuerdo su buen corazón, su fondo generoso y recto.

MOD. Sí. Es verdad que quedaron desamparados; pero ello fué cuando vuestro tío Jaime se convenció de que no podría dominarlos. Y la prueba es que tú, que eras dócil, estuviste en su compañía hasta que fuiste mayorcita.

PALM. (Con indignación.) ¡Ah, no! ¡No quisiera recordar aquellos tiempos, no quisiera hablar del tío Jaime!

MOD. ¿Por qué?

PALM. Porque tendría que poner mucha hiel en mis palabras y, a pesar de esto, aún siento bastante gratitud para callarme.

MOD. No me explico... A veces se juzga mal de las mejores intenciones.

PALM. En otra ocasión me habló usted también así, y aunque la réplica pugnaba por salir de mis labios, tuve bastante paciencia para callar. Hoy no puedo.

MOD. Harás bien. Oyendo a unos y a otros se juzga mejor.

PALM. Efectivamente. Y para que juzgue mejor, óigame. El tío Jaime quiso dominar a mis hermanos por la violencia, con un trato rudo, brutal. Faltaban en él la cultura para comprender la educación y el amor para aplicarla. Creía, como tantos otros, que educar es castigar. ¡Aún me duelen en el alma los latigazos que les daba, aún tengo en mis oídos sus llantos y sus ¡ayes! de dolor! No era el tío que ocupa el lugar de padre; era el ver... ¡No, no quiero decirlo! Mis

hermanos huyeron... huyeron de tal suplicio. Yo no huí con ellos porque era una niña; pero huí después, tuve que huir también y cobijarme al amparo de los señores de Mendieta, porque al recordar el trato dado a mis hermanos y que por tal motivo me hallaba separada de ellos, se me hacía insoportable la estancia en aquella casa. ¡Esta es la verdad, la triste y amarga verdad, que proclamo ante ustedes por primera vez, en debida disculpa a los... *réprobos,* a los que los propios parientes juzgan tan implacablemente!

MOD. Me dejas hecha de piedra. No hubiera creído nunca que vuestro tío Jaime...

PALM. ¡Son tantas las cosas que no creemos por no poner empeño en buscar la verdad!...

JULIA Parece mentira.

PALM. Lo parece, sí; ¡pero no lo es!

ESCENA IX

DICHOS, DON CARLOS, y luego un criado.

D. CAR. (Por lateral izquierda, con una carta en la mano.) Ya está escrita la carta. (Toca el timbre. Aparece un criado.) Es para tu hermano Víctor.

CRIADO (Por derecha.) ¿Qué deseaban?

D. CAR. Ve a depositar esta carta en la Central.

CRIADO Al momento, señorito. (Mutis derecha.)

D. CAR. Le digo a tu hermano que andan por buen camino las gestiones de su indulto, que le enviarás tú mensualmente algún dinero (te lo daré yo, ¿eh?) y que estoy dispuesto a hacer los imposibles por arrancarlo de allí. ¡Vaya si los hago!

MOD. ¿De manera que te decides a trabajar con todo empeño por ver si sacas a tu sobrino del presidio?

D. CAR. Y por ver si logro dar con el paradero del otro sobrino. Alguna vez me había de decidir a hacer algo bueno, yo, que en mi larga vida, creo que no he hecho otra cosa que tonterías.

JULIA ¡Papá! No hables así.

MOD. ¡Déjalo! Es tan bonachón... que alguna vez se pasa de la raya. Te has vuelto de un modo... Tienes unas rarezas...

D. CAR. Eso, eso mismo decía yo antes de otras personas; eso suelen decir casi todos en cuanto el muñeco humano deja de serlo, porque se niega a obedecer a los tirones con que pretenden moverle ajenos impulsos. El reproche es viejo y vulgar.

MOD. ¡No, si nosotras no decimos nada!

D. CAR. Pues por eso mismo debéis dejarme que obre según yo entiendo debo hacerlo.

JULIA ¿Quién se opone? Tú eres libre para hacer lo que quieras.

D. CAR. Empiezo ahora a ser un poco libre, hija mía; no más que un poco. Hasta hace unos meses mi vida se deslizó en una mascarada ridícula. Los hilos de la vanidad, de la envidia, de la soberbia, del odio, del inconsiderado egoísmo tiraban del fantoche, haciéndole mover en actitudes grotescas que urdían una existencia vil. Ahora me he propuesto mudar de conducta; me he propuesto estimar en menos muchas cosas deleznables y dar alguna importancia más a la vida íntima, a la mía, a la que me satisfaga a mí mismo porque en cada caso me diga mi conciencia que obro bien.

JULIA Esas cosas que dices me crispan los nervios.

D. CAR. ¿Por qué?

JULIA Porque cualquier extraño que te oyera iba a pensar de tí... ¡qué sé yo lo que iba a pensar de tí!

D. CAR. Nada malo, si era capaz de pensar bien, y no me importa un comino lo que pensar pudiera, si se trataba de un necio.

JULIA ¡Allá tú, papá; allá tú!

D. CAR. Eso es. Allá yo con mi voluntad, a pesar de todo. Porque os advierto que ya tengo voluntad propia. (Breve silencio.)

MOD. ¡Bueno! Yo me voy, que se hace tarde.

JULIA Yo te acompañaré. (Mutis derecha.)

MOD. (Despidiéndose.) Adiós, Carlos. Que te salgan bien tus proyectos y... que te correspondan tus sobrinos como deben.

D. CAR. No lo hago porque me correspondan.

MOD. Y tú, Palmira, debes estar muy contenta.

PALM. Muy contenta estoy, sí, señora. Lágrimas de alegría y gratitud titilan hace rato por mis ojos para verterse en tributo a la bondad verdaderamente paternal de mi tío. (Se seca las lágrimas.) ¡Ya era hora de que alguien juzgara menos severamente a mis hermanos!

D. CAR. Tienes razón.

MOD. (Despidiéndose de Palmira.) Hasta otro día. Supongo que no te habrás enojado conmigo por lo que he dicho.

PALM. No, señora.

MOD. No llores, que ahora no tienes motivo. (La besa o se despide.) Bueno; adiós. (Mutis derecha, acompañándola hasta la puerta Don Carlos y Palmira.)

D. CAR.)
PALM.) Adiós, adiós.

ESCENA X

PALMIRA y DON CARLOS.

D. CAR. (Observando que llora.) No tomes a pecho lo que tu tía haya podido decirte. Tiene el defecto de no saber callar y de decir tonterías casi siempre que habla.

PALM. Es que se me saltan las lágrimas sin poder remediarlo. Vivo en este instante un sentimiento de alegría por la bondad de usted y un senti-

miento de tristeza por el recuerdo de mis padres, a quienes también debe alcanzar la satisfacción de ver que hay un alma generosa que se preocupa de sus hijos.

D. CAR. No evoquemos ese recuerdo, demasiado triste para los dos.

PALM. No; para mí, no. Y aunque sea triste, me proporciona un consuelo. Llorar por la madre perdida es resucitarla en nuestra alma, es revivirla al conjuro del cariño filial. La única vida que yo puedo darle es ésta, y no quiero regateársela. Si no la lloré de niña, justo es que la llore de mujer.

D. CAR. (Emocionado.) ¡Oh, qué buena, qué digna hija de tu santa madre!

PALM. (Como desbordando el corazón de sentimiento.) Ese amor, querido tío, el que rindo al recuerdo de mis padres es mi primer amor. Mi otro amor lo constituyen mis hermanos, padres y hermanos que perdí allá en los albores de mi infancia, dejando su pérdida en mi corazón el vacío profundo de un abismo. Yo no sé lo que es la familia, yo no sé lo que es esa agrupación dulce y sagrada, donde el amor recíproco debe tejer los vínculos que funden en una sola alma, en un solo sér las almas y los corazones de quienes la integran. Yo no sé lo que es eso, ¡no lo sé!

D. CAR. Modérate, Palmira, modérate.

PALM. (Con emoción intensa.) ¡Oh! Cuando se ha vivido sin conocer el cariño, cuando se ha pasado la infancia viendo cómo otras madres acariciaban a sus hijos y sintiendo en el alma el frío glacial de la orfandad, cuando todos los horizontes ofrecieron el nubarrón negro del desamparo... llega un momento en que el corazón, rebosante de dolor y de ternura, estalla en amores santos para darse por entero al recuerdo de unos padres, idealizados por perdidos, y al cariño de unos hermanos eternamente esperados, con

ansias de abrazarles y quererles. Se siente dulce envidia de las caricias al niño, porque se piensa que una no las tuvo; del amor a los padres, porque se recuerda que no se logró la dicha de amarlos en vida; y de todas estas cosas, ¡ay!, del amor que no se gustó, del amor que se anhela, y del amor que se envidia, fórmase un vacío inmenso, en el cual se agita el corazón, combatido por ansias supremas.

D. CAR. (Emocionado.) ¡Pobrecita mía! (La abraza.) Siento orgullo de ser tu tío.

PALM. Mis hermanos, sin duda, sienten como yo.

D. CAR. Pues también, también siento orgullo de ser su tío... ¡a pesar de todo y de todos!

ESCENA XI

DICHOS, FERNANDO SOLÁN y JULIA.

JULIA (Desde lateral derecha.) Papá, el señor Solán. (Mutis.)

D. CAR. Que pase, que pase inmediatamente. (Va hacia la puerta derecha.) ¡Hola, mi querido Fernando!

SOLÁN (Saludándose.) A su disposición, mi querido Don Carlos. (Fijándose en Palmira y saludándola con una inclinación de cabeza.) Señorita, Palmira...

PALM. Muchas gracias, señor Solán. Estoy a usted muy reconocida por lo que en favor de mis hermanos viene usted haciendo.

SOLÁN Todo lo merecen, su tío, usted y ellos.

PALM. Gracias mil por su bondad.

D. CAR. (Invitándole a sentarse.) Y qué. ¿Me trae usted buenas noticias?

PALM. Con el permiso de ustedes, me retiro.

D. CAR. No, no. Puedes continuar aquí. Las noticias que espero me dé el señor Solán son de Víctor, son de tu hermano.

PALM. Siendo... así... si ustedes me lo permiten...

D. CAR. Sí, sí. Quédate. (A Solán.) Estoy pendiente de sus palabras.

SOLÁN Prescindiendo de circunloquios, puedo decirle que he adquirido la seguridad de la inocencia de Víctor. Resulta de mis antecedentes que no pudo ser el culpable.

D. CAR. Eso va siendo ya del dominio público.

SOLÁN Del dominio público va siendo la creencia de que Víctor es inocente, pero las pruebas de esa inocencia... no son del dominio público. Lo irán siendo, porque yo pienso valerme de la prensa para divulgarlo.

D. CAR. Perfectamente pensado.

SOLÁN Surge, sin embargo, un escollo.

D. CAR. Qué ¿cuál es ese escollo?

SOLÁN Que no consigo averiguar de manera alguna quién fué el criminal.

D. CAR. Pero...

SOLÁN Ni Víctor, a quien escribí inquiriendo datos, ni las personas que pudieran hacer alguna luz en este misterio, dicen nada que sirva para una orientación.

D. CAR. Entonces...

SOLÁN No habrá otro remedio que seguir inquiriendo hasta ver si logramos ponernos sobre una pista que nos permita descubrir al culpable. La cosa es verdaderamente extraña. Nadie sabe nada, o, si saben, nadie quiere decir nada, ni el propio Víctor.

PALM. Pero usted, señor Solán, que lo descubre todo, que tiene suficiente talento para penetrar hasta el fondo de todas esas cosas de justicia, conseguirá, por fin... ¿verdad?

SOLÁN Todos mis esfuerzos se dirigen a eso.

D. CAR. Ya lo sé. Pero... vamos, ¿no basta tener la seguridad de la inocencia de Víctor, la prueba de que no pudo ser él el homicida?

SOLÁN En nuestras leyes, no. Mientras la inocencia de Víctor no se demuestre de una manera legal, no basta estar convencido de que es inocente.

D. CAR. Luego ni la razón, ni la lógica, ni la misma evidencia tienen fuerza en nuestras leyes para rectificar un error.

SOLÁN Nuestras leyes no admiten sino razones y evidencias legales. La sentencia es la verdad absoluta, inviolable, intangible; más poderosa que todas las evidencias, más fuerte que todas las verdades.

D. CAR. ¡Oh! ¡Eso es monstruoso!

PALM. ¡Sí! ¡Verdaderamente monstruoso!

SOLÁN Esa es la ley. (Secamente.)

D. CAR. Pues es una ley... ¡absurda! (Con indignación.)

SOLÁN Procuremos vencerla. Apelaremos a la ley moral contra la ley escrita. Lo que debe ser es preciso obstinarse en que pueda ser, y... ¡qué caray!, o yo he de poder poco, o será.

D. CAR. (Levantándose y dándole la mano.) ¡Es usted un hombre!

PALM. Todo me parecerá poco para demostrar a usted mi agradecimiento. (Con emoción.)

SOLÁN ¡No hay para tanto, no hay para tanto!

ESCENA XII

DICHOS y JULIA.

JULIA (Desde lateral derecha.) Papá; el Doctor desea hablarte un momento. (Fijándose en Solán.) Señor Solán... ¿Está usted bien?

SOLÁN Bien; muchas gracias. Usted, como siempre, rebosando salud y alegría. No hay que preguntar; lo lleva usted en la cara. (Julia sonríe coquetonamente.)

D. CAR. (A Julia.) Conduce a Don José a mi despacho. (A Solán.) No se vaya usted, si no tiene mucha prisa. Procuraré que la entrevista sea breve. (Julia, mutis derecha.)

SOLÁN Aguardaré, aguardaré. No hay prisa. (Don Carlos, mutis derecha.)

ESCENA XIII

PALMIRA y SOLÁN.

PALM. ¿Cree usted, señor Solán, cree usted que podrá conseguirse la libertad de mi hermano?

SOLÁN Aunque fuera un imposible, creería en ello. Por complacer a usted lucharía yo contra lo imposible, hasta vencerlo.

PALM. Es usted muy bondadoso.

SOLÁN No es precisamente bondad, Palmira; es amor, amor hacia usted, que hace un instante me hizo vislumbrar todas las dichas de la vida, al decirme que todo le parecería poco para demostrarme su reconocimiento por lo que yo hiciera por su hermano. Si eso fuese cierto...

PALM. Señor Solán...

SOLÁN Yo no pido sino un poco de esperanza. La he visto a usted tan virtuosa, tan abnegada, tan buena, tan inteligente, tan discreta, tan llena de encantos..., que me rendí desde los primeros momentos a esas extraordinarias atracciones, para no pensar en otra cosa que en usted, en la mujer ideal que yo forjé en mi fantasía, puesta de pronto ante mí, como para demostrarme que a esos dulces sueños juveniles respondía una realidad más dulce aún. Esa realidad es usted, formada de todas las virtudes, de todas las bondades, de todas las bellezas.

PALM. Señor Solán...

SOLÁN No, Palmira. Solán, a secas. Si soy tuyo, si aliento una sola ilusión, una sola esperanza: la de llegar un día a ser el esclavo de tus deseos, consagrando la vida entera a hacer tu dicha, que es el único modo de lograr la mía. Yo libertaré a tu hermano, yo hallaré el verdadero criminal, aunque hubiera de buscarlo en los infiernos. Y como premio de todo eso no pido sino un

poco de amor o, siquiera, un poco de esperanza. ¿No es verdad que me la concedes? Habla, pronuncia una sola sílaba y harás mi dicha.

PALM. Mi amor, todo mi amor, señor Solán, todo mi corazón pertenece hoy a mis hermanos y al recuerdo sagrado de mis padres; pero de toda mi gratitud son dueños mi tío y usted. Mientras no alcance la dicha de verme reunida a mis hermanos, no quiero restarles ni un latido. Después...

SOLÁN Yo los traeré a tu lado. Sabiendo que la recompensa es tan grande, mi esfuerzo será tenaz, decidido, constante. Y la victoria, segura. El amor lo vence todo: hasta los imposibles. Cuento con la energía que da la fe en un mañana venturoso, y lucharé denodadamente, heroicamente.

PALM. (Oyendo hablar dentro.) ¡Chist! El tío viene.

SOLÁN Le diré...

PALM. No; todavía, no; aún no.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DON CARLOS y EDUARDO.

D. CAR. (Entrando por lateral derecha. A Eduardo que está dentro.) Pase usted. (A Palmira.) Un joven que viene de parte de Víctor y que desea hablarte.

PALM. (A Eduardo.) Qué. ¿Cómo está Víctor, cómo está mi hermano? Siéntese usted.

EDUARDO Pal... mi... ra. (Solloza.)

PALM. (Muy solícita.) ¿Qué le pasa a usted? No se aflija. ¿Se encuentra usted mal?

EDUARDO Palmira. ¿Y usted es Don Carlos?

D. CAR. Sí. El tío de Víctor y de Palmira, para servir a usted.

EDUARDO (Sollozando y arrastrando las palabras.) No me conocen, ni yo les hubiera conocido.

PALM. ¿Qué, qué dice usted?

EDUARDO ¡Hermana mía! Yo soy tu hermano Eduardo, el errante, el perdido. (Se abrazan.)

PALM. ¡Eduardo, Eduardo! ¡Hermano mío!

D. CAR. ¡Eduardo! ¡Sobrino! (Le abraza.) ¡Hijo mío!

PALM. ¡Gracias, Dios santo! ¡Ya tengo entre mis brazos un hermano!

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La misma decoración del primer acto, menos las flores sobre la mesa, que deben sustituirse por libros, revistas y periódicos. Eduardo aparece sentado en un sillón, leyendo un libro. El aspecto de Eduardo es triste.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO y PALMIRA.

PALM. (Por lateral derecha) ¿Qué lees, hermano?

EDUARDO Un gran libro.

PALM. (Acercándose mirando el libro.) "Los Miserables." ¡Algunas veces he llorado leyéndolo! La descripción de las infamias de los Thenadier contra la huérfana Cosette, no he podido leerla nunca sin verter lágrimas.

EDUARDO La pluma maravillosa del gran Víctor Hugo obliga a sentir y a pensar, y leyendo la obra del excelso poeta, lloran los que sienten y aprenden a sentir los que piensan.

ESCENA II

DICHOS y JULIA.

JULIA (Por lateral izquierda.) Oye, Palmira. ¿Qué traje me pondré para nuestra excursión?

PALM. Para ir de campo lo mejor es vestirse de trapillo.

JULIA Sí. Y que le vean a una hecha una facha.

PALM. Al campo no se va a lucir trajes, si no a recibir el sol a pleno rostro y a respirar aire sano a pleno pulmón.

JULIA Sí, sí; pero... Eduardo tendrá seguramente un gusto más depurado. Los hombres aprecian mejor lo que nos sienta bien a las mujeres. ¿Qué te parece, Eduardo? ¿Cómo me vestiré?

EDUARDO Yo no sé, Julia. No entendiendo de esas cosas. Me falta humor hasta para fijarme en lo que sienta bien a las mujeres.

JULIA ¡Vaya un misántropo empedernido! Pues, señor... ¡me he lucido con la consulta! No me hace falta vuestro parecer. Decidiré por mi cuenta.

PALM. Es lo más acertado. (A Eduardo.) Supongo que tú nos acompañarás.

EDUARDO Yo no iré. No me encuentro bien.

PALM. ¡Haz un esfuerzo, hombre! La amabilidad con que esa familia nos distingue, el interés que demuestran por tí, reclama, de tu parte, un poco más de condescendencia. El señor Solán va a pensar que desprecias sistemáticamente sus invitaciones.

EDUARDO ¡No estoy para días de campo!

JULIA De modo que no vienes con nosotras?

EDUARDO No, Julia. No quiero aguaros la fiesta, llevando mi mal humor a un sitio a donde váis a divertiros.

JULIA Te diviertes tú también.

EDUARDO (Con tristeza.) Yo no puedo divertirme.

PALM. (En tono de dulce reproche.) ¡Eres tú, Eduardo, eres tú

el que pareces obstinado en empeorar tu salud! Ese mal humor perpetuo, esa tristeza continua... ¡Vamos; que no eres razonable!

EDUARDO ¡Ojalá no lo fuera!

PALM. El médico te aconseja la distracción, ejercicio, distracción sobre todo; y tú, como si te ordenara lo contrario, pensativo siempre y siempre metido en casa. ¡Valiente manera de atender las prescripciones del doctor!

EDUARDO ¡Prescripciones, doctores! ¡Déjame, hermana, déjame tranquilo! (Esto último con dulzura.)

ESCENA III

DICHOS y CRIADO.

CRIADO (Lateral derecha.) Señorita Julia...

JULIA Qué hay.

CRIADO (Entrando.) Envían a decir que mañana, a las siete, estén preparadas para ir a la finca del señor Solán.

JULIA ¿Está todavía ahí el que ha traído el recado?

CRIADO Sí, señorita.

JULIA Voy. (Mutis ambos derecha.)

ESCENA IV

PALMIRA y EDUARDO.

PALM. (Tras una pausa.) ¿Qué te ocurre, Eduardo? ¿Qué es lo que te pasa, que cada día te veo más triste?

EDUARDO Nada. No me ocurre nada.

PALM. (Con dulzura.) ¡Vamos! Abre el pecho a tu hermana. Yo te ayudaré a olvidar... o a querer, o a lo que sea preciso, con tal de no verte así.

EDUARDO (Con sonrisa forzada.) Tienes unas cosas...

PALM. ¡Anda, hermanito!

EDUARDO Pero... ¿Qué quieres que te diga?

PALM. La causa de tu tristeza, esa misteriosa causa que te consume y que tú reservas para tí sólo, sin persuadirte de que en el pecho de esta mujer caben la mitad, por lo menos, de tus penas, y que por no quererlas tú repartir, a ambos nos tocan por entero. ¿Crees, acaso, que yo puedo ver indiferente tus sufrimientos y que basta que ignore los motivos que los producen para que esos sufrimientos no me alcancen?

EDUARDO ¡Pobrecilla! Ignorar equivale, en ciertos casos, a vivir tranquilamente.

PALM. Pero en este caso, no,

EDUARDO El velo del misterio sólo debemos rasgarlo, querida hermana, cuando por el desgarrón puede brotar la luz. Las almas cándidas no deben recibir el soplo helado de las tinieblas.

PALM. Si pudiera creerte malo darías lugar a que pensara de tí cosas tremendas. Pero yo sé que no lo eres.

EDUARDO ¡Qué indulgente eres conmigo!

PALM. ¡Anda, cuéntame esas cosas que te preocupan! De antemano te absuelvo del pecado. Las personas que hemos sufrido llevamos en el pecho la inclinación a perdonar y una frase piadosa en los labios para todas las humanas flaquezas.

EDUARDO Tienes un alma hecha luz.

PALM. (Insinuante.) Pues por eso mismo debes confiarte a mí. La luz disipa las tinieblas del espacio y de las almas.

EDUARDO ¡Déjame, déjame que viva la dulce realidad de tu fraternal cariño!

PALM. ¿Pero imaginas, tontuelo, que iba a dejar de quererte porque conociera tus cosas? La vida más pulcra no está exenta de ciertos puntitos negros. El más justo dicen que peca siete veces al día... ¡Ea! Confiésame tu pecado. No me cabe

duda que alguna mujer anda de por medio. ¡Somos tan malas!

EDUARDO ¡Basta! ¡Hazme el favor! No me importunes más.

PALM. Eres especial, Eduardo, y eres, además, un poco injusto conmigo.

EDUARDO No me martirices. ¡Te lo ruego, te lo suplico!

PALM. ¿Martirizarte? ¿Lo ves, cómo eres injusto?

EDUARDO Es que tu curiosidad constituye para mí un martirio. ¡Déjame!

PALM. (Con dulce amargura.) ¡Así me demuestras tú el cariño, así quieres tú a tu hermana! ¡Soy muy infeliz! (Se seca las lágrimas.)

EDUARDO ¡Palmira! ¡Me haces mucho daño con esas lamentaciones!

PALM. Cómo no he de lamentarme, si en tu proceder no veo sino recelos, desconfianzas, algo que parece decirme que te disgustan mis deseos de intimidad fraternal y aún que te contraría mi presencia.

EDUARDO (Con amarga energía.) Acabas de proferir una blasfemia, una verdadera blasfemia contra la realidad de mis sentimientos hacia tí.

PALM. No sé, no sé. Pero es lo cierto... (Vacila.) Sí, sí; quiero decirlo de una vez: es lo cierto que ha habido momentos en que he llegado a creer que me odiabas.

EDUARDO (Con asombro.) ¿Qué dices? ¡Oh!

PALM. Sí, hermano. He llegado a creerme eso porque no de otra suerte acertaba a explicarme tus respuestas bruscas, tus miradas... enigmáticas, tu obstinación en tratarme como si fuera una extraña.

EDUARDO (Con energía y desesperación.) ¡Desecha esa idea, deséchala, arráncala de cuajo de tu mente, sino quieres que... que enloquezca!

PALM. (Un tanto turbada ante la exaltación de Eduardo.) ¡Jesús! No te excites, no te pongas así. Perdóname si he dejado salir de mis labios lo que no podía callar por más tiempo.

EDUARDO (Con gran energía.) ¡No lo digas más, no lo repitas nunca, ni aun para tu fuero interno! ¡No lo pienses más! ¡Odiarte, odiarte yo!

PALM. (Con dulzura.) Te aseguro que no lo merezco. (Se oye dentro un timbre como de llamada a la puerta.) Olvida eso que he dicho, Eduardo. No lo diré más, no lo pensaré más. ¡Pero estoy tan sedienta de tu cariño... te quiero tanto yo!... (Suena otra vez el timbre.)

EDUARDO ¡Odiarte! (Vuelve a sonar el timbre.)

PALM. Voy a abrir. (Mutis derecha.)

ESCENA V

EDUARDO, solo.

EDUARDO ¡No hay remisión! ¡Estoy condenado a apurar todas las hieles del cáliz de la amargura! (Pausa.) ¡No se explica mi silencio e imagina que me muestro reservado por despego, por desamor hacia ella! ¡Qué suplicio! ¡Quiere conocer mi pasado y yo daría cien vidas por borrarlo! ¡Quiere que le abra mi corazón y yo tiemblo pensando que pueda penetrar mi conciencia... llena de crímenes, llena de negruras, que la harían retroceder con espanto! (Quédase pensativo.) ¡Una tregua, una tregua, Dios mío! ¡Permitidme que viva algún tiempo más al lado de la dulzura... yo, que viví siempre entre las sombras del que huye y entre los odios del maldito! (Queda con la frente entre las manos.)

ESCENA VI

DICHOS, DON CARLOS y PALMIRA.

D. CAR. (Por lateral derecha.) ¡Hola, Eduardo! ¿En qué piensas?

EDUARDO En nada.

D. CAR. Por tu actitud meditabunda, cualquiera hubiera imaginado que te preocupaba algún grave pensamiento.

EDUARDO No, señor.

PALM. Si no temiera ser indiscreta...

D. CAR. ¿Secretillos? A ver, a ver. ¿De qué se trata?

EDUARDO De nada. Tonterías de Palmira.

D. CAR. ¡Bah! Sí, tonterías, adorables tonterías. Apariencias de enojo terminadas en dulces reconvenciones, que parecen un pretexto para amarse más. (A Eduardo.) Ni tú tienes motivo para disgustarte (A Palmira.) ni tú lo tienes para poner ese lindo hociquillo de colegiala enfurruñada.

PALM. Es que...

D. CAR. ¡Se habrá visto! Con que ¿os habéis enfadado? Y la causa de todo... el creeros que no os queréis bastante ¡Estos chicos!

PALM. Es que Eduardo...

D. CAR. (Interrumpiéndole.) ¿Reconvenciones, otra vez? Hijos míos, creedme a mí. En este mundo no hay nada que valga la pena fuera de las dulces y puras emociones del corazón. No echéis esto en olvido sino queréis pasar la vida como muñecos de una tragicomedia grotesca. Me parece muy bien que vuestros enojos de un instante tengan por causa la discusión sobre quién se quiere más entre sí.

PALM. Por mi parte, ese es el motivo.

D. CAR. ¡Bello motivo, a fe mía!

PALM. Pero... no sé. Se me figura que no encuentro en Eduardo el hermano que yo soñaba.

D. CAR. ¿Y quién es capaz de responder a los sueños de una mujer que idealiza?

EDUARDO Eso es.

PALM. Lo que yo quisiera encontrar en tí lo brindan todos los hombres que tienen corazón.

EDUARDO ¡Corazón! Posible es que yo no lo tenga, que se haya quedado hecho girones por entre las zarzas del espinoso camino de mi vida.

D. CAR. El corazón humano, Eduardo, como la simbólica ave Fénix, renace de sus cenizas en cuanto un amor viene a confortarlo. Y aquí tienes a tu hermana y a tu tío, dispuestos a que ese amor no te falte. ¿Verdad, Palmira?

PALM. Ya sabe él que es así.

EDUARDO Muchas gracias.

PALM. Yo siento necesidad de expansión, de desahogo, de confidencias. Quisiera resarcirme de un pasado amargo en un presente en que todo fuera dulce afecto, vida del corazón y del espíritu; pero Eduardo, abroquelado en un silencio hermético, dificulta esto... ¡no sé por qué!

D. CAR. ¡Vaya! Dejad este bello torneo, que no probará otra cosa sino que los dos os queréis mucho.

ESCENA VII

DICHOS y JULIA.

JULIA (Por lateral derecha.) Una carta para tí. La letra parece de tu hermano. (Mutis por donde entró.)

PALM. (Tomando la carta y abriéndola.) Sí, es de Víctor. A ver, qué dice. Con permiso.

D. CAR. A ver si es portadora de buenas noticias. (Momento de silencio mientras Palmira lee.)

PALM. (Dejando de leer indignada.) ¡Pobre hermano mío! ¡Malditos, malditos por siempre los que tienen la culpa de que él agonice en el presidio! ¡Pobre hermano mío! ¡Aún les parece poco, aún quieren que sufra más, ¡más!

D. CAR. ¡Qué ocurre, qué ocurre!

PALM. (Con desesperación.) ¡Y el criminal paseándose por la calle! ¡Y los que le acusaron falsamente, tan satisfechos de su obra! Permita Dios que ni uno ni otros tengan un momento de reposo! ¡Malditos sean!

EDUARDO ¡No maldigas, hermana, no maldigas! Ten piedad de los hombres. (Profundamente afectado.)

PALM. ¡Piedad! ¿Quién la tuvo de él? ¿Quién la tiene del inocente que se pudre en el presidio? Toda la ira, todos los anatemas me parecen pocos para descargarlos sobre los causantes de tamaña infamia. (Eduardo queda como anonadado.)

D. CAR. ¡Bueno! ¿Pero qué ocurre?

PALM. (Entregándole la carta.) Lea usted.

D. CAR. (Leyendo.) "Querida hermana: Ha sido denegada la petición de indulto. La justicia histórica que me declaró asesino sin haber cometido delito alguno, no tan sólo se niega a reconocer su error, sino que ni siquiera accede a otorgar como gracia lo que por estricta justicia se me debe. Del dominio público es ya mi condición de inocente, pero la santidad de la cosa juzgada, esa posición legal de soberbia infinita que tan mal cuadra con la infinita debilidad del falible juicio humano, se muestra intransigente, irreductible, implacable. No nos queda otro recurso que apelar a la conciencia de los hombres justos, de los hombres que substituyen los platillos de la simbólica balanza por la balanza augusta de una inteligencia comprensiva y de un corazón generoso. Esos solamente aman la justicia. Por ellos se alcanza alguna vez. Tengamos fe en ellos, verdaderos sacerdotes de la diosa austera. Pobre de mí, sino hallamos esas almas generosas. Mis recuerdos afectuosos."

PALM. ¡Pobre hermano mío! ¡Cuántos sufrimientos, cuántas amarguras tendrá que apurar en aquel antro!

D. CAR. Es posible que no sea tanto como tú imaginas.

Víctor, por su carácter y por su bondad, se habrá captado las simpatías de los presos, y deben respetarle.

PALM. Yo pienso lo contrario. Pienso que entre los malos sólo la maldad triunfa y capta simpatías, y que el bueno ha de ser para ellos objeto de burla y desprecio. Y cuando pienso así, cuando considero lo mucho que por tales causas debe sufrir el pobre Víctor, estas débiles manos de mujer se crispan, y en un rapto (no sé si de venganza o de justicia) quisiera echarlas al cuello de cada culpable y apretar, ¡apretar allí, hasta que me devolvieran a mi hermano! (Con gran energía.)

EDUARDO (Con gran emoción.) ¡Palmira! ¡Por Dios, calla!

PALM. (Con gran energía.) ¿No piensas tú lo mismo?

EDUARDO ¡Sí, sí! Pienso que el culpable debió echarse entrambas manos al cuello. (Acompañando la acción a la palabra.) ¡Y apretar, apretar allí, hasta estrangularse como un Judas! (Con gran desesperación.)

PALM. ¡Que te vas a hacer daño! Deja tu indignación para los culpables. (Sigue Eduardo con las manos al cuello, en lo que no se fijan ni Don Carlos ni Palmira.)

D. CAR. ¡Ea, ea! Moderaos. Se explica perfectamente vuestra indignación, pero a nada conduce el dejarse arrastrar por un exceso de sentimiento.

PALM. Perdone usted. Es el cariño a mi hermano y el odio que siento hacia lo inicuo. (Fijándose en Eduardo, que deja caer la cabeza hacia un lado, desvanecido.) ¿Qué es eso? ¿Qué tienes? (Viendo que no contesta se acerca a él.) ¡Eduardo! ¡Hermano mío!

D. CAR. Un síncope, un ligero síncope. No será nada. ¡Eduardo! ¡Eduardo!

EDUARDO (Volviendo en sí.) ¿Qué... qué... quiere usted?

D. CAR. ¿Qué ha sido eso?

EDUARDO Nada, no ha sido nada.

PALM. (Solícita.) ¿Qué te ha pasado, Eduardo? ¿Qué te ha pasado?

EDUARDO Nada, no me pasa nada. (Furiosamente y subrayando las palabras.) ¡No me pasa nada! ¡Todavía vivo esta

miserable vida... que no quiere acabarse de una vez!

D. CAR. Tú estás loco.

PALM. Pero, ¡Eduardo! ¡Esos nervios! ¡Modera esos nervios!

D. CAR. (A Palmira.) Anda; prepárale algo. Es la debilidad que se apodera de él.

PALM. Voy, voy. (Mutis derecha.)

ESCENA VIII

DON CARLOS Y EDUARDO.

EDUARDO (Con desespero.) ¡No sé, no sé cómo he tenido fuerzas para resistir tanto! ¡Ya ha visto usted, ya ha oído usted! No sé cómo he podido abstenerme de caer arrodillado a sus pies y decirle: ¡Aprieta, aprieta esta garganta hasta que mi cobarde lengua, que no supo hablar cuando debía asumir culpas, cuelgue amoratada entre los labios, proclamando su ignominia en el castigo de la horca! ¡Yo fuí el criminal, yo soy el miserable, yo soy la causa de que nuestro hermano esté en presidio! ¡Aprieta, hermana, aprieta! ¡Haz justicia!

D. CAR. (Con asombro.) ¿Qué dices? ¿Que fuiste tú?...

EDUARDO (Sin desplante, pero con entereza.) Sí; yo.

D. CAR. ¡Horror! (Llevándose las manos a la cabeza.)

EDUARDO Pero que no lo sepa mi hermana. (Poniendo toda el alma en las palabras.) ¡Se lo ruego, se lo suplico, se lo imploro de rodillas! ¡Qué no lo sepa mi hermana! ¡Qué no lo sepa todavía! ¡No podría resistir su mirada de desprecio! Necesito una limosna de su cariño, aunque me desprecien todos los demás. ¡Qué no lo sepa, qué no lo sepa ella!

D. CAR. ¡Horror! ¡Horror! (Pensativo.) Pero, ¿cómo ocurrió eso? ¿Cómo fué?

EDUARDO ¡No quisiera recordarlo! La fatalidad de un instante aciago, el sino trágico que abre ante cier-

tas vidas la ruta siniestra del abismo, por cuyo espantoso declive ruedan sin saber apenas por qué. (Pausa brevísima.) Una oleada de sangre que enturbia la frente y un ramalazo de pasión que crispa los nervios. ¡Lo eterno!

D. CAR. Pero eso... eso no explica nada de este caso concreto. Yo pregunto qué causa te llevó al crimen.

EDUARDO Me llevó al crimen la falta de educación de la víctima y la impulsividad salvaje de la bestia que llevamos dentro. Un hombre faltó a mi hermano, faltó canallescamente a Víctor, quien, prudente, supo despreciarle; pero siguió en el insulto, lo extendió luego hasta mí, y yo, ciego de ira y de coraje porque sentí como propios todos aquellos insultos, ofuscado, juguete de mis propias pasiones... me fuí sobre él y le maté.

D. CAR. ¡Lo eterno, sí; lo de siempre! (Pausa.) ¿Pero por qué hicieron responsable a Víctor?

EDUARDO El parecido, no sé, lo que fuese, hizo que acusaran y prendieran a Víctor. Y... vino luego la sentencia contra él, ¡contra el inocente!, contra quien sufrió el insulto y quiso evitar el crimen... ¡aun exponiendo su propia vida!

D. CAR. ¡Horror, horror!

EDUARDO ¡No, no se lo diga, tío, no se lo diga a Palmira! No podría soportar su mirada condenatoria. (Suplicante.) ¡No... se... lo... diga!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y PALMIRA, por la derecha.

PALM. (Con una taza de caldo en la mano.) Toma, toma. Ya está aquí. Esto te hará bien. (Eduardo la rechaza con la mano.) ¡Toma, toma! (Vuelve a rechazarla y se seca furtivamente

una lágrima.) Pero... ¿qué es esto, qué ocurre? ¿Qué pasa, tío?

D. CAR. Nada, no ocurre nada.

PALM. Pero...

EDUARDO Nada, te digo que nada.

TELÓN RÁPIDO

MUTACIÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

Un despacho de Abogado. Mesa de Ministro junto a lateral izquierda; librería adosada al telón de foro. Cuadros por las paredes. Butacones y sillas convenientemente repartidas. Lámpara pendiente del centro de la escena. Sobre la mesa, libros, periódicos y papeles. Puertas practicables con portiers, en lateral derecha y junto al ángulo izquierdo del foro.

ESCENA PRIMERA

DON CARLOS y SOLÁN.

Se levantará el telón sin ningún personaje en escena, entrando Solán por lateral derecha y dirigiéndose a un personaje de dentro.

SOLÁN — Pase, pase. (Entra Don Carlos.) Tome usted asiento. (Le ofrece una butaca y toma a su vez asiento tras de la mesa.) Le aseguro a usted que, para mí, no fué una sorpresa la revelación de Eduardo.

D. CAR. — Yo la sufrí enorme, desconcertante, aplanadora. ¡Quién había de decir!...

SOLÁN — Lo decía con bastante elocuencia el silencio de Víctor. Sólo por causas poderosas podía explicarse ese silencio.

D. CAR. Es verdad; pero...

SOLÁN Por otra parte, lo confirmaba también la misteriosa actitud de Eduardo, a quien será preciso persuadir de la necesidad de que no haga una locura, que venga a echarnos por tierra todo lo adelantado, que no es poco.

D. CAR. (Con alguna ansiedad.) De manera... que ha surtido efecto el plan trazado por usted.

SOLÁN No podía menos de ser así. El escándalo no conviene a nadie. Y yo amenacé con el escándalo.

D. CAR. Y qué, qué. Cuénteme.

SOLÁN Que al dar a conocer los datos que llevaba en cartera, se accedió al instante a mis deseos. (Subrrayando las palabras.) Que se otorgará el indulto a Víctor.

D. CAR. El triunfo se ha hecho para usted. Todo se somete al imperio de su talento.

SOLÁN ¡No tanto, mi querido Don Carlos! La cosa ha resultado como yo la imaginé; pero en ello no hay más mérito ni más talento que el que se necesita para conocer las flaquezas humanas y para llevar los asuntos al terreno en que resulta más fácil solventarlos.

D. CAR. Talento, y no poco, se necesita para eso.

SOLÁN ¡Bah! Me sonrío, recordando la impresión que le produjo al Ministro de Justicia el enunciado de mis propósitos. Fué de sorpresa y de asombro a la vez.

D. CAR. Se comprende, se explica.

SOLÁN No quería que los albos mantos de la diosa Themis aparecieran manchados por la proyección de un error judicial cometido en su nombre. El prestigio, la santidad de la justicia—decía el Ministro—no pueden, no deben sufrir que la creencia, en unos, la duda en otros, condensen ese estado de conciencia adverso que se forma en el arroyo al rodar de noticias truculentas contra la justicia propaladas. El error, señor Solán—insistía el ministro—es de los

hombres, imputable a los hombres solamente.

D. CAR. En efecto. El error es de los hombres; pero los hombres fueron los jueces.

SOLÁN Yo le repliqué que el prestigio y la santidad de la justicia exigían que el inocente no sufriese la pena merecida por el culpable.

D. CAR. ¿Y contestó?...

SOLÁN Que se pondría remedio; pero que era preciso guardar la más absoluta reserva, a fin de que la prensa no se cebase impíamente en la censura de una institución que todos debemos procurar conserve los mayores prestigios.

D. CAR. ¡Todo apariencia! ¡Todo superficie! ¡Todo se sacrifica a eso!

SOLÁN De acuerdo. Pero será preciso que, ateniéndonos a la indicación hecha, guardemos la más absoluta reserva.

D. CAR. Se la prometo a usted.

ESCENA II

DICHOS, UN AMANUENSE.

AMAN. (Desde lateral derecha.) Don Fernando...

SOLÁN ¿Qué hay, qué ocurre?

AMAN. Dos señoritas, que desean hablar con usted.

SOLÁN Que esperen. (Mutis Amanuense.)

D. CAR. (Levantándose.) Me voy. No es galante hacer esperar a las señoritas, y no quiero que, por mí, pase usted plaza de falto de galantería.

SOLÁN No se vaya usted. Todavía hemos de charlar un rato; puede usted pasar a la sala contigua, mientras despacho en un periquete con esas señoritas.

D. CAR. No, no. Me llegaré, entretanto, al número quince de esta misma calle, donde necesito hacer una diligencia. (Se levanta.)

SOLÁN Como usted guste. (Se dirigen puerta foro.)

D. CAR. Hasta ahora mismo. Regresaré en seguida.

SOLÁN Hasta ahora. (Oprime el botón de un timbre que suena dentro.)

AMAN. (Por lateral derecha.) ¿Qué desea usted?

SOLÁN Que pasen esas señoritas.

ESCENA III

SOLÁN, JULIA, PALMIRA y AMANUENSE, al final.

SOLÁN ¡Hola, hola! ¿Ustedes por aquí? ¡Tanto bueno por mi casa! Sorpresa más agradable no podía imaginarse. Siéntense, siéntense ustedes.

JULIA Palmira se ha empeñado en que la acompañase, y aquí nos tiene usted. (Estará inquieta mariposeando por allí y tocándolo todo.)

PALM. Sí; tenía necesidad de hablarle...

SOLÁN Me tiene enteramente a su disposición. ¿De qué se trata?

PALM. De saber el resultado de sus gestiones en la corte. Estaba muy impaciente aguardando su regreso.

SOLÁN Aseguro a usted, Palmira, que las gestiones van muy bien, y que, como en cierta ocasión le prometí (Subrrayando.) por usted hallaré fuerzas para realizarlo todo.

PALM. Ya le consta que a esa bondad de usted correspondo yo con una gratitud bien sincera.

SOLÁN Pero no pasa usted de ahí, no pasa usted de la gratitud, que yo estimo ciertamente en mucho; mas eso no basta para que yo vea colmadas mis ilusiones. Perdone usted, Julia. De la abundancia del corazón hablan los labios, sin tener en cuenta que acaso parezca a usted una incorrección lo que es redundancia...

JULIA (Frívolamente.) No, no, no; por mí puede usted seguir. Me agrada extraordinariamente esta escena. Desempeña usted a maravilla el papel de Romeo.

SOLÁN Sintiéndolo como él. Pero la Julieta de mis ensueños es más esquiva que la heroína de la famosa tragedia Sakesperiana.

PALM. Ruego a usted, señor Solán, que no continúe por ese camino. Ni el momento ni el lugar son los más adecuados.

SOLÁN Siempre es oportuno dejar hablar al corazón cuando, como en este caso, Palmira, el corazón dice lo que siente; pero si usted no lo quiere así... por complacerla sabré abstenerme hasta de esto; hasta de hablarle a usted como enamorado, en espera de que usted me lo consienta un día por haberse convencido de lo mucho que la amo.

JULIA Posee usted excelentes dotes donjuanescas.

SOLÁN ¡Qué traviesa... y qué impía es usted!

PALM. De manera, señor Solán, que las gestiones que tan generosamente realiza usted en favor de mi hermano permiten esperar... confiar... ¿No es cierto?

SOLÁN Absolutamente cierto.

PALM. Para cuando eso se realice guardo a usted una sorpresa.

JULIA ¡Vaya! No puede quejarse. La esfinge, como la llama usted, empieza a prometer.

SOLÁN Sorpresas.

PALM. Tengo un loco deseo de llevar a mi hermano a mi lado con la frente erguida, retadora, como diciendo a todos los que le juzgaron y creyeron criminal: fuí vuestra víctima y, por eso mismo, soy vuestro juez. Mirad mi frente, limpia de culpa, y bajad la vuestra, en la que ha quedado impreso el borrón abyecto de victimarios. Yo, yo misma haré que levante su frente en actitud de reto para que confunda a los miserables, para que les aniquile moralmente con su justo desdén. (Silencio embarazoso durante un instante.)

SOLÁN Me olvidaba de decirles que Don Carlos, su papá, ha salido de aquí hace un momento y que ha de volver, que no tardará mucho en volver.

También ha venido a saber noticias del resultado de mis gestiones.

JULIA Se habrá marchado contento, ¿verdad?

SOLÁN Sí.

JULIA Es su preocupación constante. En la cara de papá se marcan, como el tiempo en un barómetro, las oscilaciones de nublado y buen humor, según las noticias que tiene respecto a Víctor.

SOLÁN Realmente está muy interesado por su sobrino.

AMAN. Don Fernando.

SOLÁN ¿Qué?

AMAN. Don Carlos dice que indique a usted que ha regresado.

SOLÁN Que pase. (Mutis Amanuense.)

JULIA Yo me escondo para darle un susto al entrar. (Corre junto al portier, donde se oculta. Al entrar Don Carlos y al haber dado dos o tres pasos éste, grita.)

ESCENA IV

DICHOS y DON CARLOS.

JULIA ¡Dónde va mi señor papá! (Ríe al ver la sorpresa de su padre.)

D. CAR. (Un poco sorprendido, se vuelve.) Ni aún en casa ajena sabes tener formalidad.

SOLÁN Está en su casa.

JULIA (Que sigue riendo.) ¡Menudo susto te he dado!

D. CAR. (A Palmira y con dulzura.) ¿A qué habéis venido? ¿Qué hacéis aquí?

PALM. Al saber por el criado que había regresado de la corte el señor Solán, no he sabido abstenerme de venir para conocer el resultado de las gestiones.

D. CAR. Todo se andará. (Señalando a Solán.) Tenemos en Fernandito un formidable adalid de nuestra causa, un adalid que no se resigna a dejarse vencer en ningún caso. (A Julia, que aún ríe.) Pero... ¡Julia, Julia!

JULIA ¡Ni aún reirse va a poder una en tu presencia!

SOLÁN ¡Déjela, déjela que ría!

JULIA ¡Ea! Ya no me río más. (Queda seria y vuelve a reir al decirle.) ¡Qué susto te has llevado, qué respingo has hecho! (Ríe.)

D. CAR. ¡Bueno, Julia, bueno! ¡Basta, basta ya! (Con tono moderado.) No tiene ella la culpa de esto. (A Solán.) Es su carácter y ha sido, en gran parte, por la educación. La he formado yo mismo así, alentando sus travesuras de niña, que me hacían entonces mucha gracia. Ahora ya no me hacen tanta, porque observo que no sabe darse cuenta de que ya es una mujer y que como tal debe producirse.

SOLÁN Eso es por la misma confianza con que honra esta casa.

JULIA ¿Tú ves, tú ves cómo el señor Solán no se extraña de nada de esto? Hasta me otorga la galantería de decir que honro su casa al producirme de este modo. (A Solán.) Es usted un cumplido galán. (Se levanta y va a leer los lomos de los libros. Luego coje una revista de encima de la mesa y anda mariposeando por la escena.)

D. CAR. Dispénsela usted, y perdóneme a mí las debilidades a que conduce el excesivo cariño paternal que se suele otorgar al hijo único.

SOLÁN Repito que están ustedes en su casa.

D. CAR. (A Solán.) Palmira sabe...

SOLÁN Sí; sabe lo que yo puedo decirle.

D. CAR. Si se obtiene el indulto, hemos de celebrar una fiesta que haga época. Iremos todos a recibirle a la salida del presidio; la alegría de abrazarle declarará la fiesta en nuestros corazones, y todo ha de ser jolgorio, risas, satisfacción, hasta que le hagamos olvidar las negruras del antro y las angustias que en él apuró su alma.

PALM. ¿Dice usted indulto?

D. CAR. Sí.

PALM. Me parece que el indulto se concede a los culpables, que es una gracia, un perdón. Y Víctor no es culpable; Víctor es inocente. No tienen nada

que perdonarle. Es él quien debe perdonar; es él quien puede perdonar.

SOLÁN Sí, Palmira, es cierto; pero... ha de tener usted en cuenta que resultaría imposible sacarle de allí por otro procedimiento legal, y que lo que importa verdaderamente es que su hermano recobre su libertad.

PALM. ¡Será el indulto al criminal, a quien se otorga la gracia del perdón! ¡No será para la sociedad lo que realmente es: el inocente, la víctima! Yo... ¡yo no aceptaría eso! ¡Me negaría a admitir la limosna de piedad con que quiere saldarse la deuda de justicia! (Dicho con energía.)

SOLÁN Reflexione usted. A las veces no es posible hacer de una vez las cosas.

PALM. La justicia, o se hace de una vez o no llega a ser justicia.

D. CAR. Es que el señor Solán...

PALM. (Interrumpiéndole.) Sé lo que va a decirme usted. Tiene un buen deseo, un nobilísimo deseo, que yo le agradezco; pero desde el fondo de mi alma se levanta la protesta airada contra la iniquidad que hace de mi hermano un criminal, no obstante ser inocente. Vámonos, Julia. Perdonen, perdonen ustedes. No he podido dominarme.

D. CAR. El criado está abajo. Que os acompañe a casa.

SOLÁN Cálmese usted, cálmese usted, Palmira. Haremos todo lo posible.

PALM. Muchas gracias. Adiós. (Mutis foro.)

JULIA Adiós, señor Solán; adiós, papá.

SOLÁN Adiós, adiós.

D. CAR. Adiós.

ESCENA V

DON CARLOS y SOLÁN.

D. CAR. No debe extrañarle a usted la exaltación de mi sobrina.

SOLÁN No, no me extraña.

D. CAR. Es una muchacha toda bondad, y acaso por esto mismo desarrolla una energía extraordinaria cuando se encuentra frente a la injusticia, frente a la hipocresía, frente al mal.

SOLÁN Eso prueba el recio temple de su espíritu y... eso me seduce más, Don Carlos, eso me arrastra con más fuerza hacia ella. Porque supongo estará usted enterado de que yo amo a su sobrina.

D. CAR. Lo presumía solamente.

SOLÁN Sí, la amo. Pero dudo que ella me corresponda. No tiene corazón sino para sus hermanos y para usted.

D. CAR. Las mujeres como mi sobrina es frecuente que sepan amar sin demostrarlo. Si saca usted del presidio a su hermano, no dudo que la gratitud pueda convertirse en otra cosa.

SOLÁN ¡Gratitud! Precisamente lo que yo quisiera es que no interviniese ese sentimiento. La gratitud no es amor.

D. CAR. Pero se le parece en algo y con frecuencia lo hace nacer.

SOLÁN Será necesario que usted disuada a Palmira. Sí; es preciso ir al indulto de Víctor. Sería terrible para ella saber que Eduardo es el culpable, el culpable a quien ella quisiera estrangular entre sus crispados dedos. (Pausa.) Y para nosotros... para nosotros tampoco es conveniente que trascienda al público la verdad. Ser el hermano político o el tío de la víctima inocente, no tiene nada de deshonroso; pero... (Pausa.) ¿Qué opina usted? (Silencio.)

D. CAR. No sé... No hallo la respuesta. No encuentro la decisión. Mi conciencia se queda muda ante este conflicto.

SOLÁN Es evidente que la terrible verdad sería para Palmira un golpe tremendo; para Eduardo, el presidio de por vida; para nosotros, la deshonra sin apelación. No hagamos, pues, violen-

cia al destino y dejemos que los hechos se sucedan como el destino los ofrece.

D. CAR. No acierto, de momento, a decidirme. No sé ver claro cuál es mi deber.

SOLÁN El deber de usted en este caso es, a mi juicio, prevenir y evitar los males que pudieran caer sobre todos nosotros, por una conducta irreflexiva

ESCENA VI

DICHOS y AMANUENSE.

AMAN. (Desde la puerta.) El señor Altemir dice le pase aviso que necesita hablar con usted.

SOLÁN Que espere un instante (A Don Carlos.) Déjeme usted hablar a solas con él, a ver si inicio un plan que nos conduzca a buen puerto. Puede usted pasar a la sala contigua por unos instantes. No tardaré en terminar. Le propongo esto para que no se halle cohibido por la presencia de usted.

D. CAR. Sí. Me parece muy bien. (Se dirigen puerta foro, por la que penetra Don Carlos.)

ESCENA ÚLTIMA

SOLAN, EDUARDO, al final DON CARLOS.

SOLÁN (Se encamina lateral derecha y dice desde el dintel dirigiéndose dentro.) Que pase, que pase, el señor Altemir. (Queda aguardando cerca de la puerta. Al entrar Eduardo en escena.) ¡Hola, Eduardo! ¿Cómo está usted?

EDUARDO (Aparece con el rostro demudado, y lleva la tristeza retratada en el semblante.) Como siempre, señor Solán. Enfermo del cuerpo y del espíritu. ¿Y usted, cómo está?

SOLÁN Bien, gracias. ¿Y qué, qué desea usted? Tome asiento.

EDUARDO Deseo, señor Solán, acabar de una vez. Tengo la firme decisión de presentarme al Juzgado y decir al Juez que el homicida soy yo.

SOLÁN ¿No me dijo usted que su hermano le había prohibido terminantemente que hiciera eso?

EDUARDO Sí, señor. Al visitarle en la prisión y exponerle mi propósito de presentarme a la justicia, se opuso rotundamente.

SOLÁN ¡Buena manera tiene usted, pues, de cumplir las órdenes de su hermano, a quien lo menos que debe usted es una obediencia ciega! ¡Y buena manera, excelente manera de enloquecer, quizá, a su hermana, con la terrible confesión!

EDUARDO ¡Ah, si no fuera así! ¡Si la orden de Víctor no me contuviera, si el temor a herir a mi hermana en lo más íntimo de su alma no me forzase a callar, por calles y plazas hubiese ido proclamando mis crímenes, para que el castigo de los hombres templase un poco el castigo de mi conciencia!

SOLÁN No se exalte, Eduardo.

EDUARDO ¡Cómo castigan el perdón y la bondad! La infinita justicia es, sin duda alguna, infinitamente misericordiosa. Imagino que Dios debe castigar perdonando, para que ante la inmensidad de su benevolencia resalte más la magnitud de la culpa, y haya de imponerse el propio pecador la pena que reconoce merecer.

SOLÁN Me temo que de ese castigo se reirían muchos hombres.

EDUARDO ¡Peor para ellos!

SOLÁN Se le ocurren a usted unas ideas peregrinas.

EDUARDO No se me ocurren; las vivo hace mucho tiempo. Las vivo, sintiendo destilar uno y otro día sobre mi conciencia las hieles del remordimiento, más copiosas, más amargas, cuanto mayor es la bondad de quienes debieron condenarme y despreciarme. ¡Desdichado de mí!

SOLÁN Domínese, domine esas emociones, que son funestas para su salud.

EDUARDO ¡No se domina, señor Solán, no se domina lo que grita en la conciencia y se aferra al corazón! Eso nos domina a nosotros, nos hace juguetes de algo que está por encima de la voluntad, y, como muñecos de tramoya, hemos de responder a los tirones de los hilillos misteriosos que llevamos dentro.

SOLÁN Su exaltación llega, a veces, al delirio. Sueña usted.

EDUARDO ¡Soñar!... ¡Son realidades, señor Solán!

SOLÁN Permítame que le observe que, cuando soñamos, nada nos parece tan real como nuestros sueños.

EDUARDO Ni nada tan extravagante al despertar.

SOLÁN Eso mismo que dice usted.

EDUARDO Pero yo hace ya mucho tiempo que desperté. Llamaron a mi conciencia voces tan recias y tan sagradas, que no hubo más remedio que oírlas. Una anatema resonaba incesantemente en mis oídos, como modulado por misteriosa voz, que parecía la misma de mis padres muertos. ¡Caín! ¡Caín! ¿Dónde está tu hermano?

SOLÁN Bueno. No rememore usted.

EDUARDO (Sin hacerle caso.) ¡Y oía el llanto de la madre de la víctima, y oía la condenación de las gentes al criminal, y palpaba casi el espectro del muerto, y contemplaba a mi hermano en el antro, abatida su frente por mi crimen y estrangulada su su alma por la pena! ¡Ah! ¡Yo huía, huía de estas acusaciones como una serie de fantasmas que pudieran burlarse! ¡Dejaba atrás ciudades, atravesaba fronteras, hasta crucé los mares en busca del olvido! ¡Entonces sí que soñaba! ¡Porque ni se huye de la conciencia, aunque se salven inmensas distancias, ni es posible que muera el recuerdo, cuando se ha convertido en una idea fija! Soñaba en realizar lo irrealizable: en enterrar el pasado, en desprenderme de mí mismo ahorcando en mi pecho el remordimiento y en

mi memoria el recuerdo de lo que fuí. ¡Pero las pavorosas visiones resurgían con más precisión cuanto más me obstinaba en desecharlas! ¡Sacudía la cabeza, cerraba los ojos, y las visiones siniestras eran como mi sombra! ¡Estaban allí siempre! ¡Estaban dentro de mí mismo... donde todavía continúan!

SOLÁN ¡Pobre amigo mío!

EDUARDO Y por si esto fuera poco ya sabe usted. ¡Mi hermana, mi propia hermana fulmina también sn maldición y su sentencia contra el miserable! ¡Dígame, dígame si estos son sueños!

SOLÁN ¡Pobre amigo mío! ¡Cuánto a sufrido usted y cuán digno usted es de perdón!

EDUARDO ¡No, no debo merecer el perdón, cuando ni yo mismo me lo concedo!

SOLÁN Por eso precisamente lo merece más.

D. CAR. (Abriendo la puerta del foro, en la que aparece.) La justicia de los hombres tal vez no te perdone, la justicia de Dios... seguramente te ha perdonado. (Se adelanta y lo abraza.) ¡Hijo mío! ¡Pobre hijo mío!

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Representa el Teatro el departamento de comunicación de un presidio. A la izquierda una reja corrida que arranca del chaflán y se apoya, a un metro de altura, sobre la pared llegando hasta primer término. La escena forma ángulo. Bancos rústicos a la derecha. Portón en el chaflán. Una mesa de pino junto al portón. Ha de presentar la escena aspecto tétrico, el color de la decoración debe ser gris oscuro, parduzco.

ESCENA PRIMERA

DON ROQUE, BATURRO, CARTAGENERO y NOY.

D. ROQUE Oye, tú, Baturro; esto hay que barrerlo telegráficamente, eléctricamente. Conque, arreando. (Lleva un manojo de llaves.)

BATUR. Tó s' hará como Don Roque lo manda. (Va a coger una escoba que hay en el ángulo derecha foro.)

D. ROQUE ¡Claro que se hará! ¡Pero, de prisa, de prisa; que a tí te pesa mucho el cuajo!

BATUR. No sé enfae usté, Don Roque; que aquí hay tiempo pa tóo; hasta pa ir despacio.

D. ROQUE Tú, Cartagenero; aparta esos bancos para que pueda barrer el Baturro.

CART. En seguía, Don Roque. (Aparta, separándolo de la pared, el banco y canta, mientras, en tono de cartagenera.) De Cartagena a Herrería...

D. ROQUE ¡Bah! ¡Ya estamos con Cartagena y Herrería! ¿No sabes más que eso? No pasas nunca de ahí.

CART. Sí, que sé más; sé tóa la copla; pero se me ahoga la copla en el gasnate y no digo lo de la iluminasión ni naa más... por eso... porque se me ahoga. Los pájaros enjaulaos, Don Roque, no debían cantar. Si cantan es porque son pájaros.

D, ROQUE Todo eso se debía pensar antes de delinquir.

CART. Tié usté razón; pero... Míe usté: si se pensara, pué que no estuviéramos aquí casi denguno de los que estamos.

D. ROQUE ¡Ea, ea! Menos monserga... ¡y a barrer!

CART. También tié usté rasón. (Se pone a barrer calmosamente con otra escoba que coge del ángulo.)

D. ROQUE Tú, Noy, prepara la lista de comunicantes...

NOY (Con acento catalán.) No pase pena. Todo quedará hecho a tiempo.

D. ROQUE No. Yo no he de pasar pena ninguna. Vosotros la pasaréis, si dejáis de hacer lo que os he mandado. (Se dirige hacia la puerta.) En seguida estoy aquí otra vez. (Abre y cierra con ruido de llaves y rechinar de cerrojos. Mutis.)

ESCENA II

DICHOS, menos DON ROQUE.

CART. ¡Premita Dio que te rompa una pata y no pueas aparesé por aquí hasta er día del joisio. (Dejan de barrer.)

BATUR. Es más malicio que mandau hacer de encargo.

NOY Siempre vamos de pior en pior. Voy a hacer la lista, que no tengo pás ganas de que se meta conmigo. (Se dirige a la mesa, saca papel, un cuadradillo y lápiz del cajón, y se pone a rayar.)

BATUR. ¡Hala, Cartagena! Escobemos esto.

CART. Oye, Baturro: ¿sabes qué te digo? Que pa mandá sobra con los empleaos.

BATUR. Pues pa barrer también sobro yo. (Queda apoyado ambas manos sobre el mango de la escoba.)

NOY Me parece... me parece...

CART. ¡Qué!

NOY Que nos us astimáis mucho las costillas.

CART. Baturro: ¡Hala, a barrer!

BATUR. ¡Hala! Y en un santiamén, hemos concluido. (Se ponen a barrer.)

CART. ¡Qué ganas, pero qué ganas tengo de salí de esta casa!

BATUR. ¡Noticia fresca! ¿Y quién no tié ganas de salí del presilio?

CART. Pué que haiga alguno que no las tenga. Yo no sé por qué. Pero... (Paran de barrer.)

NOY ¿Lo dises por Vítor?

CART. Por ese mismo.

BATUR. Eso es un misterio. Se decía... (yo no sé si es verdá), se decía que, hará medio añico, un señoritín muy remilgao estuvo aquí, aquí mismo, en la comunicación, junto a esas rejas, y que, llorando, le decía a Víctor: "tú no debes estar ahí, debo estar yo; tú eres inocente". Y oyeron que Víctor le contestaba: "¡No, no quiero, desdichado; no quiero! ¡Vete! ¡Te lo mando!"

NOY Este cura lo ascuchó como lo desían.

CART. Y tú no sabes...

NOY Denguno sabe náa.

BATUR. Chiflao se tié que estar pa no querer salir del presilio.

CART. Pues me parese que Víctor no tié náa de chiflao. Sabe más que el Director y que tóos juntos. Hase unas instansias y unas cartas... Se escribe con los deputaos y con los menistros.

BATUR. ¡Apañaíco está si hace caso de esa gentecica! El deputao de mi pueblo les decía a los de casa que me haría dar un indulto. Y mi padre y mis hermanos y mis cuñaos y mis primos y tóos los

parientes votaron pa él. Y yo... entoavía estoy aquí, y el indulto entoavía no ha venío.

NOY Ni vendrá.

BATUR. (Poniéndose a barrer.) ¡Basura tóo! Cuando te nesecitan tóo es prometer; cuando los nesecitas... tóo es huir, tóo es escurrirse.

CART. Tóo es falsedá. En cuanto has trasponío las puertas del presilio... es como si te hubieran enterrao.

NOY Y anterraos astamos. Yo l' ai pensao muchas veses. Esto es como un sementerio; sólo que nosotros encara no somos muertos.

BATUR. Mientras viva la cuquica... quiero decir, mientras viva yo... ¡otra que ridiez! Te digo que yo entoavía no estoy enterrao. ¡Poco quehacer que pienso dar aún!

NOY ¡No seyas bruto! Quiero desirte que no podemos salir de aquí, que nos olvían tóos, y que tóos nos miran mal, y que eso l' hase parecer a uno como si estuviera muerto.

BATUR. Eso es verdad.

NOY En el pueblo tuyo, si alguna ves sales a conversasión, no faltará alguno que diga: "Ese está en presilio". Si entonses aparesieses tú por allí, s' aspantarían al verte, lo mismo que si fueras un resusitao. Porque saben que no podemos salir de aquí, como los muertos no pueden salir del sementerio.

CART. La misma chipén es lo que dise el Noy. Más verdad es que los Evangelio... (Dan en silencio los últimos escobazos.)

ESCENA III

DICHOS y DON ROQUE.

D. ROQUE (Ruido de llaves al abrir.) ¿Ya está barrido esto?

CART. Sí, señó. Ya está.

D. ROQUE ¿Y la lista, Noy? ¿Ya está?
NOY Sí, señor.
D. ROQUE Pues ya estáis largándoos de aquí. Llevaos las escobas, y a barrer el dormitorio.
BATUR. Tóo se hará como Don Roque lo manda. (Mutis Baturro, Noy y Cartagenero.)

ESCENA IV

DON ROQUE.

D. ROQUE (Da unas vueltas mirando por la escena y queda parado, como pensativo.) "Tóo s' hará como Don Roque lo manda". Sería capaz de destrozarme de un manotazo, y ahí le tienes más manso qun un perro fiel.

ESCENA V

DICHO, VICTOR y CELADOR.

VÍCTOR (Por detrás de la reja.) Don Roque...
D. ROQUE ¿Qué hay? ¿Quién me llama?
VÍCTOR Un servidor. ¿Tiene usted la bondad!
D. ROQUE ¡Ah! Es usted. (Se acerca a la reja.)
VÍCTOR Me han dicho que viniera a la comunicación.
D. ROQUE Si. Ahí fuera hay algunas personas de su familia; pero todavía no les han dado entrada. Se espera la orden del señor Director concediendo comunicación especial. Aún tardará un rato. (Pausa.) Dígale al celador de punto que he dicho yo que le deje pasar aquí.
VÍCTOR Voy al momento. (Mutis. Se oye hablar dentro a dos personas.)
CEL. (Desde detrás de la reja.) ¿Es verdad, Don Roque, que

usted ha mandado que deje pasar a éste? Como no sea verdad... ¡le doy un garrotazo!

D. ROQUE Sí; ¡animal¡, sí. Déjale pasar. Yo le he mandado.

CEL. ¡Bueno! Usted dispense, Don Roque. (Humildemente. Se oye ruido de llaves, y al momento entra Víctor.)

VÍCTOR A sus órdenes.

D. ROQUE Estará usted contento, ¿eh? Tiene usted ahí a su familia.

VÍCTOR Contento y triste a la vez, estoy.

D. ROQUE Eso parece un geroglífico. Si no se explica usted más claro...

VÍCTOR Estoy contento porque voy a verles; estoy triste, porque no quisiera que fuese éste el sitio donde nos hemos de ver.

D. ROQUE ¡Bah! Todo llega. Yo he visto salir por las puertas del presidio a hombres que entraron cargados de años de condena. ¡Todo es cuestión de paciencia!

VÍCTOR ¡Paciencia! Puede tenerla el que delinquió, el que se siente culpable, el que halla en su conciencia la acusación de un crimen; pero el que es inocente, el que no hizo daño a nadie, el que llegó hasta exponer su vida por evitar el crimen de que se le acusa... (Pausa.) Sin embargo, ¡tiene usted razón! ¡Preciso es tener paciencia!

D. ROQUE ¿Qué remedio? Por mucho que usted se lamente, nosotros nada podemos hacerle.

VÍCTOR Ya lo sé.

D. ROQUE Los hombres como usted, que saben darse cuenta de las cosas, no necesitan consejos. Pero quiero decirle que del presidio se puede salir; que se conceden muchos indultos hasta a los mismos que no niegan que delinquieron. Conque ya le he dicho a usted bastante. Y no repare en nada; créame a mí. Acuse usted a quien sea, que es demasiado sacrificio el suyo para que se lo puedan agradecer como merece.

VÍCTOR Yo no sé acusar; yo no puedo acusar.

D. ROQUE ¡Ah, bueno! Pues sufra usted la pena y no se

queje. (Se oye ruído dentro acercándose a la reja.) ¡Tú, Rabalero: abre a éste! ¡Que pase al patio! (A Víctor.) ¡Váyase! Ya le llamarán. Parece que vienen. Se ha oído abrir la cancela.

VÍCTOR Voy. (Mutis.)

ESCENA VI

DON ROQUE.

D. ROQUE (Como para sí.) ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima! Entre estos salvajotes desentonan demasiado su educación y sus sentimientos. ¡Pero también es demasiado terco! ¡A buena hora iba a sufrir yo las culpas de otro!

ESCENA VII

DON ROQUE, DON CARLOS, PALMIRA y SOLAN.

D. CAR. (Apareciendo en el portón con Palmira y Solán.) ¿Se puede?

D. ROQUE Pasen ustedes, pasen.

LOS TRES Buenas tardes.

D. ROQUE Buenas las tengan ustedes.

D. CAR. El señor Director nos ha concedido permiso para que comuniquemos con Víctor Altemir.

D. ROQUE Sí. Ya lo sé. Esperen ustedes un momento; que no tardará. Es familia de ustedes, ¿verdad?

D. CAR. Es sobrino mío y hermano de esta joven.

SOLÁN ¿Cómo se porta, cómo se porta por aquí el señor Altemir?

D. ROQUE Bien. Observa una conducta intachable, ejemplar. Es un buen preso. Demasiado bueno, para estos sitios.

D. CAR. ¡Naturalmente! Como que no debía estar aquí.

Mi sobrino, a pesar de encontrarse en el presidio, no es un criminal, es una víctima; es inocente del delito por que se le condenó.

D. ROQUE Lo sé, señor, lo sé.

PALM. ¡Ah! ¿Conque lo sabe usted también? ¿Sabe usted también que mi hermano es inocente?

D. ROQUE Sí, señorita. Aquí se sabe todo. Una vez aquí nadie tiene interés en ocultar lo que hizo. El que mató a otro lo confiesa tan frescamente. Como la cosa no tiene ya remedio y lo mismo da que sean inocentes que culpables, todos dicen la verdad.

PALM. ¿Pero ustedes no dicen a los señores jueces que aquí hay presos inocentes?

D. ROQUE Si lo que nosotros pudiéramos decir a los señores jueces sirviese para algo y los presos lo supieran, entonces no habría ni uno sólo que se confesase criminal.

D. CAR. De donde resulta que la verdad, cuando realmente llega a conocerse, no sirve, en estos casos, para nada.

D. ROQUE Nosotros no tenemos otra misión que la de guardar los presos, la de cuidar que no huyan de aquí hasta haber extinguido su condena.

D. CAR. ¡Triste misión, si entre esos presos los hay que son inocentes y ustedes saben que son tales!

D. ROQUE Alguno hay así; pero... ¡qué va uno hacerle! El pan se gana donde se puede.

SOLÁN De manera que tiene usted la convicción de que el preso Víctor Altemir es inocente?

D. ROQUE La tengo; sí, señor.

SOLÁN Y la fundamenta usted... ¿Tiene o conoce alguna prueba?

D. ROQUE La prueba que tengo es que la manera de ser de ese joven ya haría dudar que hubiese cometido un delito de sangre; pero por otra parte, corre también entre los presos la versión de que vino aquí un sujeto a comunicar con él, el cual sujeto, dicen que decía: "Soy yo quien debe estar ahí, y no tú".

PALM. (Con viveza.) ¿Y no lo prendieron? ¿Lo dejaran que se marchase? ¿No saben quién es?

D. ROQUE No, señorita. No le prendimos porque no oímos tampoco esa conversación. La oyeron los presos que estaban comunicando al lado de su hermano.

PALM. ¿Pero tampoco saben ustedes quién es?

D. ROQUE ¡Cualquiera sabe quienes son ciertos sujetos que vienen a comunicar con los presos, aunque nos den un nombre y un domicilio!

PALM. (Formando grupo con Solán, a alguna distancia de Don Carlos, que lo forma con Don Roque.) Señor Solán: Ya tiene usted una prueba palmaria de la inocencia de mi hermano. Ya no dudará usted.

SOLÁN No he dudado nunca, Palmira, de que su hermano era inocente.

PALM. (Con exaltación.) Sáquele usted; haga resaltar su inocencia. Busque a ese criminal. Y que venga aquí, a purgar su doble crimen de haber muerto a un hombre y de haber consentido que un inocente sufra las consecuencias. ¡Búsquelo, señor Solán! Yo se lo pido a usted fervorosamente y y dispuesta... ¡a todo! con tal de que usted aleje de los míos el estigma que nos mancha. (Solán calla.)

D. CAR. (A Don Roque en grupo aparte.) No hable usted más de la inocencia de su hermano. Ya ve usted cómo se exalta.

D. ROQUE Como me preguntó ese señor...

PALM. ¿No habla usted? ¿No contesta usted?

SOLÁN ¿Qué quiere usted que le diga? Que lo buscaré; que se hará todo lo posible.

PALM. ¡Oh! Y lo hallaremos, ¿verdad? ¡Lo hallaremos a ese canalla, a ese miserable! Víctor me dirá a mí quién es y haremos que le prendan

ESCENA VIII

DICHOS y VICTOR, detrás de la reja.

VÍCTOR ¡Hermana! ¡Tío!

PALM. (Precipitándose a la reja.) ¡Hermano mío! ¡Víctor! ¿Quién es, quién es el culpable? ¿Quién es el miserable?

D. CAR. ¿Cómo estás Víctor?

VÍCTOR Bien, tío.

PALM. ¿Quién es el canalla que cometió el crimen y que tuvo la vileza de venir aquí a mofarse de tu desgracia? Lo sé. Nos lo ha dicho este señor empleado?

VÍCTOR No te comprendo, hermana. No sé que quieres decir. Son habladurías de los presos.

PALM. (Con gran decepción.) Pero... ¿no es verdad eso? (Volviéndose hacia Don Roque.) ¿No es verdad, señor empleado, que mi hermano es inocente, y que es otro el que cometió el crimen?

D. ROQUE Así lo dicen.

PALM. (Volviéndose hacia Víctor.) ¿Pero, qué es esto? ¿Qué misterio se encierra aquí, que todos saben que eres inocente y nadie sabe quién es el criminal? ¿No le viste tú, no sabes tú quién es?

VÍCTOR No, hermana, no sé nada.

PALM. (Con desespero.) Y seguirás ahí, y tendrás que seguir ahí, preso, como si realmente fueses un asesino... Porque no lo eres, ¿verdad? ¿Verdad que no lo eres?

VÍCTOR No, Palmira, no lo soy.

SOLÁN Repórtese, Palmira, repórtese.

D. CAR. Eso, es. Ten un poco de moderación. Tu desesperó no conduce a nada; no conduce a otra cosa que a intensificar más la triste situación de Víctor, que al verte así, sufrirá más.

PALM. (A Víctor dulcemente.) No me hagas caso, Víctor. Es que me he exaltado un poco. Pero ya comprendo que eso no está bien... Es porque te

quiero mucho. Dispénsame. El señor Solán, que es muy bueno, me ha prometido que te sacará de aquí. (Presentándole.) Es este señor.

VÍCTOR Tanto gusto en conocer personalmente a usted. Muchas gracias por lo que usted hace por mí.

SOLÁN ¡Oh! Nada, nada. Usted lo merece.

PALM. A él, al señor Solán habrás de deber en día no lejano la libertad. Jamás podrás agradecerle bastante el interés que por tí se toma.

VÍCTOR Mi reconocimiento por sus bondades, será eterno, infinito.

SOLÁN Es una empresa de justicia a la que se debe todo hombre de conciencia. No hago otra cosa que cumplir con un deber cívico.

PALM. (A Víctor.) No te has disgustado, ¿verdad? Soy una exaltada. Los nervios mandan en mí con frecuencia. Y aquí, entre estos muros sombríos y entre estas rejas ¡abominables! parece que mis nervios crujan, que se quiebren, parece que todo esto gravita sobre mi corazón y lo oprime con el peso enorme de todas las angustias. Pero... no; no estoy triste; te veo a tí, estoy cerca de tí, y estoy contenta, estoy contenta. (Ríe forzadamente.)

VÍCTOR Así quiero verte, hermana. Necesito saber que los míos saben resignarse, como yo, para evitar que se acrecienten mis sufrimientos. Hay que vencer al dolor, hay que hacerse superior al dolor.

PALM. Sí, sí. Tienes razón. Sí. No... no tenemos derecho a mostrarnos débiles, cuando tú, la víctima, el que sufres más, sabes mostrarte fuerte.

VÍCTOR Las amarguras de la vida deben soportarse a pie firme; porque, si no, nos abaten por los suelos, y, en esa posición, el espíritu se arrastra fácilmente por el fango de todas las miserias.

PALM. Es verdad, es verdad. (Con exaltación.) ¡Hermano mío! ¡Por qué estás ahí! ¡Por qué te tienen ahí!

D. CAR. ¡Palmira!

PALM. No, no. Si no lo digo exaltada. Si... Víctor sabe que yo seré fuerte. Yo seré fuerte, hermano, como tú quieres.

D. ROQUE (Mirando el reloj.) Ha terminado la hora de la comunicación. Será preciso que se retiren ustedes.

VÍCTOR (A Don Carlos.) Y Julia y Eduardo, ¿cómo están?

D. CAR. Bien.

D. ROQUE Altemir: retírese usted.

VÍCTOR Adiós.

D. CAR. Adiós, Víctor. Mañana volveremos Solán y yo. Hemos de hablar...

SOLÁN Adiós.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, menos VICTOR.

PALM. Adiós. Adiós. ¡Adiós, hermano mío! (Forcejando sobre la reja, como queriendo derribarla.) ¡Por qué estás ahí! ¡Por qué te retienen ahí! ¡Miserables! ¡El es honrado, él es inocente! (Soltando la reja y alzando las manos al cielo.) ¡Para cuándo, ¡oh, Dios!, guardas tu justicia!

D. CAR. Vamos, vamos, Palmira.

SOLÁN Sea fuerte, Palmira, sea fuerte.

PALM. ¡Malditos, malditos sean cuantos forjaron la iniquidad que le retiene ahí dentro! ¡Malditos!

TELÓN RAPIDO

ACTO TERCERO

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto, pero en vez de la mesa de centro, una mesa ministro situada en la lateral izquierda.

ESCENA PRIMERA

DON CARLOS y PALMIRA, el primero sentado en un sillón.

D. CAR. Me intranquiliza un tanto el no haber tenido noticias. ¿No ha habido ninguna carta, ningún telegrama?

PALM. No, señor.

D. CAR. No sé a qué puede obedecer este silencio. Solán daba por seguro que uno de estos días quedaría resuelto el asunto.

PALM. Yo también estoy bastante desasosegada. Horas me parecen los minutos, y en cada uno de ellos me asalta la desconfianza.

D. CAR. ¡No! ¡Desconfiar, no! (Pausa.) Y el caso es que la afirmación es bien concreta. Dice la carta que la concesión del indulto de Víctor es cosa decidida.

PALM. Sí, eso decía; pero...

D. CAR. A no ser que haya surgido algo imprevisto... De todo esto, lo indudable, lo verdaderamente indudable es que en esta situación de incertidumbre se derrite uno como la sal en el agua... Si supiera yo... Pero, ¿dónde le dirijo un telegrama, si no se dónde se hospeda Solán?

PALM. Tal vez se reciban hoy noticias todavía.

D. CAR. Es posible. Sin embargo...

ESCENA II

DICHOS, DOÑA MODESTA, JULIA y EDUARDO.

MOD. (Por lateral derecha, con Julia y Eduardo, quien se acomoda en un sillón en actitud reservada.) Qué. ¿Todavía no sabéis cuándo llega Víctor?

D. CAR. De eso estábamos hablando.

MOD. Yo que he venido creyendo que ya me lo iba a encontrar aquí. Como me dijo Julia que era cosa hecha. Estarás muy contenta, Palmira, y tú, Eduardo. Todo llega en este mundo.

PALM. Sí, todo llega. Aunque no llegue todo como una quisiera.

MOD. Eso sería pretender demasiado. Hay que conformarse con lo que se puede conseguir.

PALM. En este caso, yo no me conformo. Bien lo saben todos. Si me resigné a que se gestionase el indulto de mi hermano, fué con la condición de que se había de llegar hasta el final, hasta proclamar la inocencia absoluta de Víctor.

MOD. Lo que importa es que lo saquen de allí y que podáis, al fin, estar juntos, después de haber estado separados durante toda vuestra vida.

PALM. Lo que importa tanto o más que eso es que quienes nos miraron con desdén, suponiéndonos deshonrados, sepan de una vez que en la frente de los hermanos Altemir no cuadra el borrón del crimen.

MOD. ¡Bueno! ¡Sí! ¡También! ¡También! Todos saldremos ganando. ¡Ay, hija! Yo he pasado muy malos ratos creyéndome señalada con el dedo por algunas personas de mala intención. ¡Y ya ves! ¡Qué culpa tiene una!

PALM. ¡Ya ve usted, tía, ya ve usted! La misma culpa que tenemos otros.

MOD. ¡Es muy mala la gente, hija, muy mala!

JULIA Demasiado mala. Por eso hay que reirse de la gente. ¿No te parece, papá?

D. CAR. De toda la gente, no. De la gente que con sus maldades y con sus vilezas nos haría llorar, debe uno reirse piadosamente cuando puede; de las personas sensatas no debe uno reirse jamás; porque su censura, su consejo o su opinión, tienen el valor de la sensatez y pueden avisarnos de nuestros extravíos.

JULIA ¿Y quiénes son las personas sensatas?

D. CAR. Las personas sensatas, hija mía, son las que aman la verdad sobre todas las cosas. Hasta que se llega a eso, en la vida humana es casi todo insensatez.

JULIA ¿Y qué es la verdad?

D. CAR. Para nosotros, nuestra verdad, es la que como tal se refleja en la conciencia. Unico juez incorruptible, si busca realmente la verdad.

EDUARDO (Pensativo y como aparte y subrrayando la frase.) ¡La que como tal se refleja en la conciencia!

MOD. Y tú, Eduardo. ¿Qué dices? Estás muy callado.

EDUARDO Nada, no digo nada.

D. CAR. Ya sabes que no se encuentra bien de salud. (Pausa.)

JULIA Ahora puedes pedirle a papá esos papelotes, tía.

MOD. ¡Ah, sí! Tienes razón. (A Don Carlos.) La escritura que te dejé para que Fernandito viese aquéllo de la finca de la calle de Murillo.

D. CAR. Pasemos a mi despacho. Junto con las escrituras dejó Solán una nota, y me encomendó además que te hiciese algunas aclaraciones.

MOD. Pasemos. No se me vaya a olvidar otra vez. (Mutis ambos por lateral izquierda.)

ESCENA III

EDUARDO, JULIA y PALMIRA.

PALM. Te veo ensimismado, Eduardo. Ni aún en vísperas de reunirnos con nuestro hermano cobra tu semblante un aspecto risueño.

JULIA Sí. Parece que le ha quedado como manía el estar pensativo y como costumbre el estar triste.

EDUARDO No os preocupéis.

PALM. Sin duda te parece cosa fácil que no se preocupen tu hermana y los que viven en derredor tuyo, viéndote de esa manera.

EDUARDO ¡No puedo, no puedo exteriorizar una alegría que no tengo!

PALM. ¿No te alegra ni aún el saber que nuestro hermano estará muy pronto entre nosotros?

EDUARDO Sí.

JULIA Pues, viéndote, nadie lo diría. Parece que estás más triste desde que el señor Solán escribió que iba a salir Víctor.

EDUARDO Olvidáis con demasiada frecuencia, y como si pretendierais mortificarme, que estoy enfermo.

PALM. ¡No digas disparates, Eduardo! Tu hermana y todos los de esta casa, no pretendemos otra cosa sino que recobres la salud y la alegría. ¿Qué otra cosa podíamos pretender? A las personas que amamos se las desea siempre eso; alegría y salud; es decir, salud del alma y del cuerpo.

EDUARDO Ni la una ni la otra disfruto. Y es por demás insistir en que se conduzca como sano y alegre el que, por harta desgracia suya, se encuentra enfermo y triste.

JULIA Me voy. Los cuadros sombríos me desagradan extraordinariamente. (Mutis derecha.)

ESCENA IV

DICHOS, menos JULIA.

PALM. ¡Todos se cansan, comprendo que se cansen todos de la compañía de un sér eternamente triste! Pero yo no me canso, Eduardo; tu hermana no se cansará jamás. A tu lado me tendrás siempre, esperando el momento en que pueda hacer brotar de tus labios una sonrisa, esperando el instante en que con mis cuidados pueda lograr que a tu cuerpo vuelva la salud. No valdría la pena haber aguardado tanto y tan ansiosamente reunirme a mis hermanos, si un minuto de dicha completa, un minuto siquiera, no viniese a compensar de tanta amargura y soledad espiritual. (Acariciante.) Mira: hace días que sueño en el momento en que llegará Víctor, en ese momento en que nos abrazaremos los tres muy fuertemente, confundiéndose nuestros cuerpos como en una llama crepitante de amor fraterno. Sonrío beatíficamente pensando en eso y hasta extiendo mis brazos en el vacío como si ya fuera llegado el instante feliz. (Con los brazos abiertos.) Deja, deja que te abrace. No quiero plegarlos otra vez encontrando el mismo vacío en que los abro.

EDUARDO (Tratando de desasirse.) ¡Déjame! ¡Déjame!

PALM. (Con sorpresa.) ¡Pero, qué! ¿También te molestan mis abrazos, tampoco te agrada que mi cariño de hermana suba del alma a los labios y se vierta por ellos en ternuras de madre para el enfermo, en caricias de mujer para el triste?

EDUARDO (Secando una lágrima.) ¡Déjame!

PALM. ¿Lloras, hermano? ¡Lloremos juntos! Lloremos por tus tristezas, por tus dolencias. Demos desahogo a nuestros pechos para que, descargándose de sus tribulaciones, florezca luego en

ellos la rosa blanca de la serenidad, y haya en nuestras almas una rosa, una flor de pureza inmaculada, dulce símbolo de nuestro cariño. ¡Lloremos juntos! (Eduardo seca mudamente sus lágrimas.)

EDUARDO ¡Hermana!...

PALM. ¡Hermana, sí! Hermana para consolarte, hermana para quererte. Eso soy, eso quiero ser. Aquí tienes un pecho donde descargar tus penas. No receles, no vaciles; que si la naturaleza me hizo débil por el sexo, me dejó, en cambio, la fortaleza de la abnegación para resistir todos los dolores, para consolar todas las tristezas. (La actriz procurará interpretar toda esta escena con toda la dulzura, con toda la pasión de un alma delicada.)

EDUARDO Siento... opresión en el pecho...

PALM. (Solícita.) Te has emocionado, ¿verdad?

EDUARDO Sí.

PALM. Ya no hablo más de esto. Hablaremos de cosas alegres.

EDUARDO No, no. Déjame.

ESCENA V

JULIA, PALMIRA y EDUARDO.

JULIA (Desde el umbral puerta lateral derecha.) ¡Palmira! Necesito de tí un momento. ¿Quieres hacerme el favor?

PALM. Voy. (A Eduardo.) Al instante vuelvo.

ESCENA VI

EDUARDO, solo.

EDUARDO ¡Con qué ingenuidad expresa sus sentimientos! ¡Qué candorosa ternura hay en sus palabras! Los corazones puros tienen, como las flores, la virtud de esparcir fragancias, de esparcir suaves

perfumes de bondad, que cautivan los espíritus en un rendimiento de amor y respeto. (Pausa.) !Oh, qué suplicio, qué horrible suplicio! ¡Qué tremenda expiación! La justicia inmanente existe, no cabe dudarlo. ¡No es, no, una palabra sin sentido; es una realidad, una incuestionable realidad que se infiltra en nosotros por medio de la conciencia, que lo abarca todo, que penetra en la vida, que la modifica... hasta hacerla infierno en los culpables y satisfacción y paz para los justos! (Pausa.) ¿Qué importa, qué importa la mentirosa indiferencia que al remordimiento pueda oponer nuestro egoísmo? ¡Ah! ¡Ilusión de tranquilidad (lo sé bien) sueño no exento de pesadillas, hasta que se despierta del amodorramiento moral... o al borde de la tumba, o al aldabonazo misterioso que nos obliga a reconocernos como somos! ¡Los males que las culpas horrendas siembran en el alma, sólo se acaban aceptando el dolor hasta matar el cuerpo! (Queda pesativo.)

ESCENA VII

DICHO, DON CARLOS y DOÑA MODESTA.

MOD. (Entrando por lateral derecha y dirigiéndose a Don Carlos, que la sigue.) ¡No, no! ¡Que se fastidie! (Lleva en la mano un rollo de papeles.)

D. CAR. Tienen derecho, mujer.

MOD. (Señalando los papales.) Pero aquí no consta. Además, yo no sé si mi pobre Pedro (q. p. d.) pagó.

D. CAR. No pagó. Tendríais el recibo.

MOD. Pues, si no lo pagó, yo tampoco lo pago.

D. CAR. ¡Viva la buena fe! (Eduardo coje un libro de la mesa y lee.)

MOD. ¡Déjate de monsergas! Yo no soy tan tonta como tú. ¡Aún así no se puede vivir!...

D. CAR. Bueno; haz lo que quieras. Pero eso no está bien.

MOD. Cuando Solán advirtió que si no quería pagar esa cantidad no podrían forzarme, alguna razón habrá.

D. CAR. Sí; la razón legal, un descuido del contratante; pero esa no es una razón legítima, no es una razón moral para que te niegues a pagar lo que realmente debéis.

MOD. Ya te he dicho antes que no sé si eso lo pagó Pedro (q. g. h.).

D. CAR. ¡Bien! No discutamos... ¡Allá tú con tu conciencia!

MOD. ¿Mi conciencia? En la duda, me dice mi conciencia que no pague. La caridad bien entendida empieza por uno mismo. (Pausa.) Voy a ver qué hace Julia; que me he de marchar. (Va hacia lateral derecha. Al salir.) Ya hablaremos de esto con Solán. Según lo que él diga... Que yo también tengo conciencia. (Mutis.)

ESCENA VIII

DON CARLOS y EDUARDO.

D. CAR. (Dando unos pasos.) Todo gira alrededor del egoísmo. A tal extremo lleva la costumbre, demasiado general, de supeditarlo todo al vil interés pecuniario. (Silencio. Acercándose.) ¿Ya estás con Juan Valjean? ¡Eso te va a sorber el seso, Eduardo! ¡No te preocupes más, no te obsesiones más! De todo saldremos en bien, Dios mediante.

EDUARDO ¡En bien! ¡No se borra el pasado, tío; no se destruye el fué! Para eso sirven de muy poco nuestros miserables esfuerzos. ¡Las manchas de sangre del crimen no se borran de las manos sino para fijarse en la conciencia! Y si al

crimen cometido sumamos la suprema infamia de consentir que un inocente pague nuestras culpas, lo abominable y cobarde de nuestro proceder nos obliga a mirarnos con desprecio, con asco, entablándose en el mismo instante la lucha íntima entre lo que tenemos de abyecto y lo que tenemos de divino, hasta dar por resultancia la sensación terrible de todas las mordeduras en la conciencia, de todos los venenos en el pecho.

D. CAR. Es verdad, es verdad lo que dices; pero ten en cuenta que Víctor te perdona, que te perdonamos todos, que debemos perdonarte todos, al ver lo profundo y sincero que es tu arrepentimiento.

EDUARDO En ese perdón he hallado mi mayor castigo.

D. CAR. ¿Cómo?

EDUARDO Sí. La víctima que debiendo odiar, debiendo maldecir a su victimario hermano, se sacrifica por él, le perdona y le ama... es demasiado grande para que a su presencia no se sienta uno confundido y arranque la admiración una lágrima de contrición.

D. CAR. En efecto.

EDUARDO Los actos heroicos y las obras de grandeza moral nos atraen, nos seducen, nos fascinan, prendiendo nuestras almas con el hilo sutil de su belleza, para guiarlas dulcemente hacia el bien. Son luz que guía, fuerza que empuja o visión que orienta.

D. CAR. Es verdad.

EDUARDO Y ello así, querido tío, porque ante un gran ejemplo de abnegación o de bondad, el reconocimiento de nuestra ridícula pequeñez nos avergüenza, y libre entonces el espíritu de las trabas insidiosas de la necia soberbia, el verdadero amor propio, el que se funda en la estimación de lo único noble que hay en nosotros, nos lanza un deseo santo de emular los actos que admiramos... aun a costa del sacrificio, aun a

costa de la propia vida... que quizá no mereció tal nombre hasta el mismo momento de ofrendarla en aras de algo grande. (Levantándose tras un brevísimo ensimismamiento.) ¡Pero, yo sueño! ¡Sueño! Perdóneme mi insensatez. ¡Pretendo moralizar yo... que soy el criminal!

D. CAR. Santos se veneran en los altares, cuya primera etapa de su vida no fué ciertamente ejemplar. Y llegaron a ser santos, sin embargo. (Silencio.)

ESCENA IX

DICHOS y PALMIRA.

PALM. (Por lateral derecha.) He tardado un poco. Julia me ha entretenido. ¿Se te pasó la opresión?

EDUARDO Sí.

PALM. No sé cuándo voy a corregirme de esa torpeza de hablarte en forma demasiado sensiblera.

EDUARDO No te corrijas, hermana. Si algo me liga a la vida es eso precisamente.

PALM. ¡Conforme! Pero tú has de poner de tu parte un poco de voluntad para dominar las emociones. Y no te creas tan enfermo; porque, realmente, no lo estás. El remedio está en distraerte. ¿Quieres que vayamos esta noche al teatro a ver alguna comedia o algún juguete cómico?

EDUARDO No.

PALM. ¿Tú no sabes que la risa y la alegría son contagiosas?

EDUARDO Sí. Pero yo estoy inmunizado contra esos contagios.

PALM. Voy a decirte que no hay peor enfermo que el que no quiere curarse. La alegría de los demás nos hace olvidar con frecuencia de nuestras pesadumbres.

EDUARDO O, por el contrario, nos las agranda con el contraste.

D. CAR. Algo, algo se puede hacer, poniendo la voluntad al servicio de una decisión. Podemos atenuar nuestros estados de ánimo, queriendo realmente no dejarnos sojuzgar por ellos.

PALM. Empiezo a creer que no hay manera de convencerte. Que no hagas caso de mí... ¡bueno!, pero del tío, sí debías hacerlo.

EDUARDO De todos hago caso, a todos atiendo, Palmira; pero qué he de hacerle yo, sino puedo producirme de otro modo. (La interrogación con alguna vehemencia.)

PALM. No te exaltes, no te disgustes. Está bien.

ESCENA X

DICHOS, JULIA y DOÑA MODESTA.

MOD. (Entrando por lateral derecha, seguida de Julia.) Me voy, Carlos. Y no tomes tan a pecho las cosas.

D. CAR. Hace algún tiempo que sólo me interesa el cumplir con mi deber.

MOD. ¡Ay, cómo cambian las personas! Me acuerdo que cuando eras joven, nada se te ponía por delante.

D. CAR. A cada edad hay que darle lo suyo; aunque yo no niego que a mi mocedad le di tan sólo lo de bullanguero, insolente y calavera, olvidando que también le correspondía alguna sensatez.

MOD. ¡Una bala rasa eras! De tí puede decirse aquello de que "el diablo, harto de carne, se metió fraile".

D. CAR. De las trayectorias que siguen nuestras vidas nunca somos responsables en absoluto. Se extiende la responsabilidad a los padres, a los profesores, a los amigos, a los adversarios, al ambiente social, a la misma naturaleza... y en nuestros vicios o en nuestras virtudes colaboran todos. Todos contribuímos al crimen que come-

te el delincuente, a todos nos alcanza algún honor por la virtud del héroe o por la ciencia del sabio compatriota; sólo que suele ocurrir que mientras nos creemos con derecho y aceptamos de buen grado la parte que nos toca de lo honroso, rechazamos de plano y con un ilogismo evidente la parte que nos corresponde en las cosas deshonrosas.

MOD. Sí, sí...

JULIA ¿Sabes que me voy convenciendo de que cada día tienes más talento, papá?

PALM. ¿Qué te parece de eso que acaba de decir el tío, Eduardo?

EDUARDO Me parece muy bien, muy acertado. Lo malo es que esa responsabilidad difusa se lanza siempre toda sobre el sin ventura que tiene la desdicha de caer. Es impía la sociedad. ¡Tremendamente impía!

D. CAR. Efectivamente. Es demasiado impía; y en su propia impiedad lleva el castigo, porque viene a ser cruel para sí misma, ya que los verdugos de hoy nadie podrá asegurar que no sean las víctimas propiciatorias del mañana. Por eso hay que mirar perpetuamente a la conciencia; por eso debemos oírla atentos cuando, por lo que tiene de divina, se inclina a perdonar.

PALM. (Con entusiasmo.) ¡Admirable, tío, admirable!

EDUARDO (Aparte.) ¡Qué bellas ideas! (Se oye un timbre dentro.)

JULIA ¿Habrá salido la criada? Voy a abrir. (Mutis.)

PALM. Por eso debemos oírla atentos cuando, por lo que tiene de divina, se inclina a perdonar. ¡Qué hermoso pensamiento, tío! No lo olvidaré; se lo aseguro a usted. (Se oye hablar dentro animadamente.) ¿Quién será? Parece Solán.

D. CAR. Sí, sí, lo parece. (Se levantan Don Carlos y Palmira y corren a la lateral derecha, en el momento que entran Solán, Víctor y Julia.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, SOLÁN, VÍCTOR y JULIA.

SOLÁN ¡Ya estamos aquí! ¡Y sin venir a esperarnos!

PALM. (Corriendo a abrazar a Víctor.) ¡Víctor! ¡Víctor!

VÍCTOR (Abrazándola.) ¡Palmira! ¡Eduardo! ¡Tío! ¡Ya estoy aquí!

EDUARDO (Abrazándole.) ¡Hermano, hermano mío! (Quedan los tres hermanos abrazados.)

D. CAR. ¡Cómo no nos avisó usted, Solán!

SOLÁN Pero, ¿no recibieron mi telegrama?

D. CAR. No hemos recibido aviso alguno.

VÍCTOR (Desprendiéndose de los brazos de Palmira y Eduardo, y yendo hacia Don Carlos, a quien abraza.) ¡Tío! (Dando la mano a Julia.) ¡Julia!, y usted, ¡tía! (Le da también la mano.) Ya estoy entre ustedes.

D. CAR. ¡Ya estás entre nosotros, hijo mío!

VÍCTOR ¡Ya se acabó la iniquidad! (Volviéndose a Palmira y a Eduardo.) ¡Palmira! ¡Eduardo! ¡Venid, venid a mis brazos! (Abrazándoles.) Tengo muchas ganas de abrazaros. (Palmira y Eduardo acuden al abrazo.) ¡Apretad fuerte, fuerte, hasta que se junten nuestros tres corazones!

EDUARDO (Deslizándose de los brazos y cayendo con una rodilla en tierra, mientras besa la mano izquierda de Víctor.) ¡Perdóname, hermano, perdóname! ¡Yo no soy digno, yo sólo puedo estar arrodillado eternamente a tus plantas! ¡Perdóname, perdónenme todos!

PALM. Pero... ¿qué es esto?

VÍCTOR ¡Nada! ¡Levanta, Eduardo!

EDUARDO ¡No, no! ¡No debe estar entre tus brazos... Caín el maldito!

PALM. Pero... ¿fuiste tú? ¿Tú fuiste? (Con gran asombro.)

EDUARDO (Levantándose. Agrandando los ojos y con la cara asombrada del estado de locura. Mirándose las manos y tocándose la frente.) ¡Tengo sangre en la manos, tengo sangre en la frente! ¡Soy el maldito! ¡Sangre, sangre! ¡De rodillas! (Al ir a arrodillarse hace como el que se ahoga, y cae en posición supina. Forman todos cuadro plástico en su derredor.)

PALM. (Corriendo hacia Eduardo, tendido en tierra.) ¡Eduardo, Eduardo! ¡Yo te perdono, Víctor también! ¡Todos, todos te perdonamos! ¡Eduardo! (Arrodillándose.)

VÍCTOR (Agachándose e incorporándolo.) ¡Hermano, Eduardo! ¡Eduardo! (Volviéndose al grupo formado junto a Eduardo.) ¡Ha muerto, está muerto!

PALM.
JULIA
MOD. } ¿Muerto? (Llora Palmira.)

VÍCTOR Sí; ¡muerto! (Se seca las lágrimas.) ¡Pobre hermano mío! ¡Ha sido juez implacable de sí mismo! ¡Pobre hermano mío!

D. CAR. ¡El Dios de las Justicias tendrá que acoger su alma redimida! ¡Le ha muerto su conciencia, el Supremo Juez!

FIN DE LA TRAGEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

MI CALVARIO. Diez años de un inocente en presidio..... 3 pesetas.

YO NO MATO. Drama en tres actos, el segundo dividido en dos cuadros..... 2'50 "

AMOR Y TRABAJO. Comedia en tres actos y en prosa..... 2'50 "

EL SUPREMO JUEZ. Tragedia en tres actos y en prosa, el segundo y tercer acto divididos en dos cuadros..... 2'50 "

Precio: 2'50 Ptas.